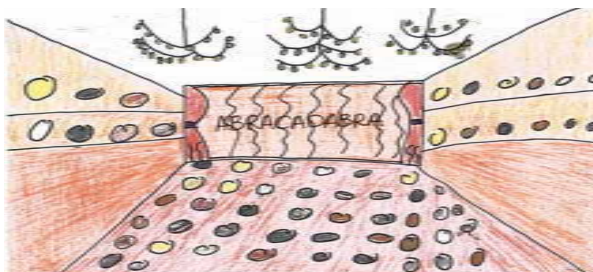


Tercer Certamen Literario Rosetta
para personas con
discapacidad intelectual o
trastornos del espectro del autismo



Tercer Certamen Literario Rosetta para personas con discapacidad intelectual o trastornos del espectro del autismo

organizan:



colaboran:



adaptado a lectura fácil:



Diseño y coordinación:
Fundación Orange

Compone e imprime:
Omanimpresores.com

Depósito Legal: M-41248-2010

índice

prólogo		5
poesía individual		
1 ^{er} . premio	ANIMALES DEL MUNDO, de Iván Agengo Requena, Barcelona	8
1 ^a . mención	PENSAMIENTO, de Silvia Cota, Tertuliana del Café Gijón -Escribir por el placer de contar-, Madrid	9
2 ^a . mención	CARTA A UNA BOTELLA, de Verónica Alcalá Delgado, Padul, Granada	10
3 ^a . mención	DEMONIOS, de Miguel Santana Traverso, Cádiz	11
4 ^a . mención	YO, de Cristina Isabel Domínguez Martín, Fundación Aprocor, Madrid	12
poesía grupal		
1 ^{er} . premio	NORMA GENERAL PARA TU ASEO PERSONAL, Fundación Camps, Ajalvir, Madrid	14
1 ^a . mención	LA PRIMAVERA, Centro Educación Especial Virgen del Castillo, Zamora	15
2 ^a . mención	YO QUIERO, Centro Ocupacional Las Victorias-Afanias, Madrid	19
3 ^a . mención	SUEÑO DE AMOR, Centro Ocupacional Las Victorias-Afanias, Madrid	20
narrativa individual		
1 ^{er} . premio	EL PERRITO CHARLI, de Francisco García Toledo, C.A.D.P. Dos de Mayo, Madrid	22
1 ^a . mención	LA MUÑECA ERA DE LA NIÑA, de Carlos de la Torre Labrador, Prolaya, Sevilla	27
2 ^a . mención	CRÓNICA DE UN RECLUTA, de Teo Santos González, Vilanova de Arousa, Pontevedra	50
3 ^a . mención	LA PIEDRA MÁGICA, de Verónica Gómez Ramos, APM - Asociación Empleados de Iberia Padres Minusválidos-, Madrid	59
narrativa grupal		
1 ^{er} . premio	EL GANGREJO MALA UVA, Colegio de Educación Especial de Personas Adultas Las Rosas, Madrid.	82
1 ^a . mención	LOS DUENDES FRIOLEROS, Colegio Concertado de Educación Especial Asprona, Almansa, Albacete	90
2 ^a . mención	EL PASTELERO RATERO, Centro Ocupacional La Jara, Sanlúcar de Barrameda, Cádiz	95

3ª. mención	UN DÍA EN LA PLAYA, Centro de Educación Especial y Ocupacional Juan María, Nigrán, Pontevedra	100
-------------	---	-----

otros formatos individual

1 ^{er} . premio	AMIGOS, de María Lapastora Contreras, Fundación Aprocor, Madrid	108
--------------------------	---	-----

1ª. mención	ABRACADABRA, de José Antonio Corrales, Centro Miguel Montalvo, Ajalvir, Madrid	109
-------------	--	-----

2ª. mención	ENCONTRAR UN LUGAR..., de Trinidad Acevedo Vilas, Aspanane - Asociación Padres de Niños y Adolescentes con necesidades Especiales - Viveiro, Lugo	115
-------------	---	-----

3ª. mención	DE VISTA, de Teresa de Jesús Molina Collado, Fundación Aprocor, Madrid	117
-------------	--	-----

otros formatos grupal

1 ^{er} . premio	MIS AMIGOS Y YO, C.P.E.E Virgen del Castillo, Zamora	120
--------------------------	--	-----

1ª. mención	APRENDEMOS A COMPARTIR DIFERENCIAS, Aspanane - Asociación de Padres de Niños y Adolescentes con necesidades especiales - Viveiro, Lugo	121
-------------	--	-----

2ª. mención	SOÑANDO QUE SOÑABA TUVE UN SUEÑO, SOÑARÉ QUE SOÑABAN CON SOÑAR, Asociación Nuevo Horizonte, Las Rozas, Madrid	
-------------	---	--

La historia única crea estereotipos y el problema con los estereotipos no es que sean falsos sino que son incompletos. Hacen de una sola historia la única historia.

**“el peligro de una sola historia”
Chimamanda Adichie**

Contar historias es lo que las personas que se presentan al Certamen Literario Rosetta vienen haciendo desde hace tres años. Pero ya se contaban antes de esta convocatoria. Se contaban y se cuentan historias, en sus casas, en los centros a los que acuden, en las empresas donde trabajan. Todos contamos historias, las que sabemos o las que imaginamos que sabemos. Este Certamen precisamente empodera a las personas con diversidad funcional a que hagan públicas esas historias.

Sus relatos, poemas y cuentos dejan ver personas complejas en emociones y sentimientos, con sus miedos y atrevimientos, con sus fracasos y sus triunfos. Personajes inmersos en la dura batalla del ser, del estar y pertenecer a una sociedad cambiante, amable y dura, justa e injusta, luchando por alcanzar un derecho que ya se han ganado.

Hoy quiero contar una de esas historias que nos dan fuerza para seguir andando y para darnos cuenta de que tenemos que estar todos en el camino, para así poder encontrarnos.

Junto a uno de los originales presentados a este tercer Certamen nos llegó la siguiente carta:

“Granada 9 de mayo de 2010

Estimados compañeros:

Nos ponemos en contacto con vosotros para informaros que el presente cuento está inacabado, debido a que la usuaria de nuestro centro, y autora del mismo, falleció antes de la entrega.

Aún así, vemos oportuno, pues era su gran deseo e ilusión, haceros llegar el cuento.

Os rogamos tengáis en cuenta el relato para el concurso, a pesar de las circunstancias.

Muy agradecidos.”

Muchas gracias a vosotros por creer en éste, el proyecto de todos. Por cumplir el deseo de la autora, por respetar un sueño, una ilusión... gracias. Ahora nuestra historia, la de todos, es más completa.

Cuando os enfrentáis a una hoja en blanco y atravesáis la vida con vuestra creatividad y capacidad para involucrarnos en vuestros proyectos, destruíd los estereotipos: no existe una sola historia.

Rebeca Barrón
Presidenta
Asociación Argadini

**poesía
individual**

animales del mundo

¿Qué hace un mono sentado en un banco?

agachar el hocico y oler un rato.

¿Qué hace en un árbol una perdiz?

arrancar una raíz.

¿Qué hace una vaca en una casa?

poniendo leche en una taza.

¿Qué hace una mantis en una hoja?

Cortar la raíz y comer la hoja.

¿Qué hace una culebra sentada en una mesa?

comer calamares y beber cerveza.

¿Qué hace un pato en un lago?

nadar por la orilla poco a poco.

¿Qué hace un gato en una pared?

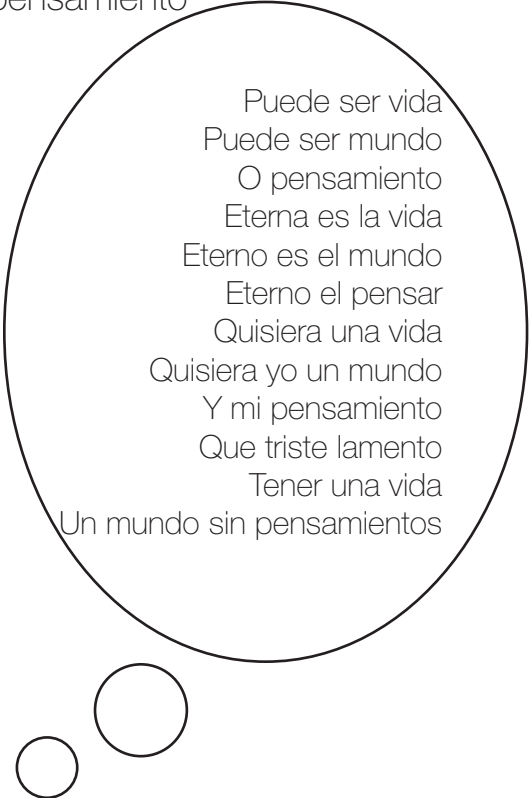
treparla sin caer.

¿Qué hace un lobo en una colina?

esperar para aullar cuando salga la luna.



pensamiento



Puede ser vida
Puede ser mundo
O pensamiento
Eterna es la vida
Eterno es el mundo
Eterno el pensar
Quisiera una vida
Quisiera yo un mundo
Y mi pensamiento
Que triste lamento
Tener una vida
Un mundo sin pensamientos



carta a una botella

Botella, tú que eres tan linda
¿por qué no fumas la alfombra?
Cuando sale tu abuela te veo mirando de reojo un reloj.
Hoy te necesito aquí, a mi lado.
Botella, te necesito ¡urgentemente!
Si yo fuera tú, botella te juro que me tiraría de los pelos.
Botella, buena amiga, échate colonia por dios.
La primera vez que te vi me quede ciega del susto,
me acariciaste y yo me cagué.
Te quiero botella. Fuiste a la playa,
te metiste en el mar y te ahogaste,
y no te salvé pero te quiero.
No me arrepiento de ese
día botella, pero siempre pienso en ti.
Siempre te recordaré, en el mar ahogándote.
Pero tu muerte no me causó tristeza, tranquila botella mía.
Un amigo que siempre te quiso.
El que nunca tuvo vergüenza.

demonios

Controlan nuestras mentes.

Corrompen nuestros corazones.

El débil es un vehículo fácil de hacer, un puente para Satanás.

Daño, dolor.

Un círculo vicioso de ira, destrucción y sufrimiento nos enloquece.

Han salido de las catacumbas, han roto las cadenas que nos protegían, tienen sed de sangre y necesidad de tortura.

La Iglesia nos había avisado. La ley está comprada. Nadie puede salvarnos. Somos nuestros enemigos, pues ellos nos ponen en contra de nosotros. ¿Si nos suicidamos, les habremos vencido?.

No.

Porque nosotros los creamos, por culpa de nuestro lado tenebroso, que llevamos hasta la perdición del mundo, de nosotros, de lo que amamos.

¡Ayuda!

Sólo tú puedes ser tu propio héroe.

Un héroe que siempre luchará contra su oscuro némesis.

¿Vencerá?

El empate es lo probable. Pues, aunque enemigos, se complementan. Sólo necesitan ser aliados y madurar juntos.

yo

Mirada dulce, suave, eterna. Versos misteriosos como ser,
emociones.

Tu mirada habla, escucha, siente, emociones fuertes, débiles.

Rostro sin ver motivos.

Sonrisas viajando en tus ojos; sonrisa de felicidad.

Esperanza como ser paloma sin alas, despiertas, te ves animal.

Soñar con emociones, tú me enseñaste a cambiar. Ver en mí, valorar
mi ser.

Escuchaste, comprendiste mi razón, esa mirada que nunca olvidaré.

Verte sonreír, verte brillar. Esos ojos, veo esa esperanza. Llegaron las
estrellas.

Ojos en el cielo, caricias, miradas atadas.

Soñar contigo es como conocerte, ver tu forma de ser.

Emociones, faltan mil colores, perlas, piedras preciosas.

Viajar a través como ver estrellas entre miradas eternas.

**poesía
grupal**

norma general para tu aseo personal

Si un erizo no quieres parecer
peine o cepillo has de coger,
peinate todos los días
con soltura y alegría.

Cuando la cara te vas a lavar
usa agua caliente o fría
¡qué más da!
Jabón tendrás que usar
y con la toalla te has de secar.

Si caries no quieres tener
usa cepillo y pasta también,
un enjuague usarás
y buen aliento tú tendrás.

Hay que ducharse todos los días
para quitarse la porquería,
usando gel y champú
¡qué bien olerás tú!

La ropa tienes que cuidar
teniendo cuidado de no manchar,
debes cambiarte a diario
es realmente necesario.

Para tener un buen olor
usa colonia a mogollón,
para que no te huela el sobaquillo
échate desodorante a porrillo.

la primavera

Esta mañana algo extraño me ha despertado.
Los trinos de los pájaros que,
en el tejado de mi casa, han anidado.
Creo que la primavera ha comenzado.
El sol brilla tanto que al entrar por mi ventana,
un rayo de luz me ha cegado.
¡Despierta!, dice mama
Hoy es fiesta y al campo iremos a pasear.
Lo primero encontrado son
las mariposas y también mariposas hemos hallado.
Los árboles están cubiertos de flores.
Todo el campo está lleno de colores.
Los olores de primavera me han ilusionado.







yo quiero

Yo quisiera ser
una gran cocinera
para hacer
manga pastelera.

Yo quiero viajar en globo
con mis amigos
y subir a las montañas
para tomar una caña.

Yo quiero ser artista
bailaora
y salir en la revista
Señora.

Yo quiero disfrutar
reír, llorar...
por el parque pasear
y con mi novio ligar.

Yo quiero salir,
ir al cine
y reír
¡qué alucine!

Yo quiero ser feliz
comiendo
palomitas de maíz
con regaliz.

sueño de amor

El romanticismo es alegría
es cariño
es dulzura
y al corazón le cura.

Es un sentimiento dulce
como un caramelo
amargo como la soledad
y soso como el silencio.

La piel es suave
cuando la acaricias
y despiertas del sueño
cuanto te falta.

Es soñar con la persona
que más se quiere
es soñar con sus labios
de amapola.

El corazón se acelera
bombea tan deprisa
que en la cara
aparece la sonrisa.

El amor es danza
pico pala
se mece en tus brazos
como un cuento de hadas.

narrativa
individual

el perrito charli

Soy un chico listo, trabajador, guapo y buena persona, también soy un poco tragón. Me llamo Paco, mi casa está en Vallecas, aunque yo vivo en un centro con mis amigos y educadores.



Un día de verano me mandaron hacer la maleta, metí dinero, bañador, camisetas y muchas cosas más, sin olvidarme mi cinturón, llevé también mi radio.

Vinieron también mis amigos Jesús, Víctor y Fermín a buscarme pues nos íbamos de campamento a Guadalajara.



Fuimos en tren.



Nos reímos mucho, el jefe de estación llevaba una gorra y un silbato, cantamos en el tren, hasta nos dio tiempo a echar una siestecita, pues nos habíamos levantado muy temprano.



Al llegar nos sentamos en el merendero de la estación, en cuanto sacamos los bocatas apareció un perrito mediano con el pelo marrón, alegre, mediano y despierto, parecía bastante listo, estaba muy flaco y bastante sucio el pobre, los ojos le brillaban al oler nuestros bocadillos (eran de chorizo).



Se puso de pie en dos patas, movía el rabito, nos ladraba, daba vueltas tratando de cogerse su cola, era verdaderamente simpático. Nos siguió hasta el campamento, estábamos contentísimos con nuestro nuevo amigo.



Decidimos ponerle un nombre.

- Eduardo dijo: Yenni
- Fermín no dijo nada.
- A Paco le gustó Charli.

A todos les gustó el nombre.

Nos dimos cuenta que le gustaba mucho jugar a la pelota, nos echamos un partido de fútbol, nuestro amigo corría detrás de la pelota, era mejor que Raúl y el Iniesta juntos, por supuesto el partido lo ganamos.



Nos fuimos todos juntos al bar a celebrarlo, comimos de todo: papas, patatas bravas, tortilla, calamares y un filete enorme para nuestro amigo Charli.

Se quedó con nosotros para siempre, nunca más será un perrito abandonado y

Colorín colorado este cuento se ha acabado.

el perrito charli

texto adaptado a lectura fácil

Soy un chico listo, trabajador, guapo y buena persona.
También soy un poco tragón.
Me llamo Paco.
Mi casa está en Vallecas,
aunque yo vivo en un centro, con mis amigos y educadores.

Un día de verano me mandaron hacer la maleta.
Metí dentro dinero, bañador, camisetas y muchas cosas más,
sin olvidarme mi cinturón.
Llevé también mi radio.

Mis amigos Jesús, Víctor y Fermín
también vinieron a buscarme.
Nos íbamos de campamento a Guadalajara.

Fuimos en tren.
Nos reímos mucho.
El jefe de estación llevaba una gorra y un silbato.
En el tren cantamos.
Hasta nos dio tiempo a echar una siestecita.
Nos habíamos levantado muy temprano y teníamos sueño.

Al llegar nos sentamos en el merendero de la estación.
En cuanto sacamos los bocatas, apareció un perrito mediano,
con el pelo marrón, alegre y despierto.
Parecía bastante listo.
Estaba muy flaco y bastante sucio, el pobre.
Los ojos le brillaban al oler nuestros bocadillos (eran de chorizo).

Se puso de pie sobre dos patas.
Movía el rabito, nos ladraba,
daba vueltas tratando de cogerse su cola.
Era verdaderamente simpático.

Nos siguió hasta el campamento.
Estábamos contentísimos con nuestro nuevo amigo.

Decidimos ponerle un nombre.
Eduardo dijo: - Podemos llamarle Yenni.

Fermín no dijo nada.
A Paco le gustó Charli.
A todos nos gustó ese nombre.

Nos dimos cuenta de que le gustaba mucho
jugar a la pelota. Nos echamos un partido de fútbol.
Nuestro amigo corría detrás de la pelota.
Era mejor que Raúl e Iñesta juntos.
Por supuesto el partido lo ganamos nosotros.

Al terminar, nos fuimos todos al bar a celebrarlo.
Comimos de todo: papas, patatas bravas, tortilla,
calamares y un filete enorme para nuestro amigo Charlie.
Se quedó con nosotros para siempre.
Nunca más será un perrito abandonado y
Colorín colorado este cuento se ha acabado.

la muñeca era de la niña

La historia que os voy a contar sucedió hace mucho tiempo en un pueblecito de esos olvidados, cuyo nombre ahora no recuerdo. Las gentes del lugar eran muy pocas, pero muy trabajadoras y siempre estaban ocupadas en el campo.

Sucedió que en una vieja casa vivían un anciano y su nieta. Los padres de la niña murieron en un accidente y el abuelo se hizo cargo de ella por ser el único familiar. La niña se llamaba Lucía y tenía 9 años. Todas las mañanas le hacía el desayuno a su abuelo y lo despedía desde la ventana de su cuarto cuando se iba a trabajar. Tomás, que así es como se llamaba el abuelo, siempre se lamentaba de que su nieta se quedase sola en la casa, pero no tenía más remedio porque en el pueblo nadie hacía nada por nadie como no fuese pagado, y él era muy pobre. De todas maneras, la niña no estaba tan sola; tenían a Chipi, que era un perro pastor alemán y por eso el anciano se iba más tranquilo al trabajo.

El “viejo vende huesos” era como todos los del pueblo le llamaban por su oficio de sepulturero. Mientras tanto, Lucía hacía las faenas de la casa; limpiaba y hacía la comida. No iba al colegio desde hacía mucho tiempo porque tenía una pierna mal por culpa de un accidente o caída. Pero ese no era el motivo de que no fuera a la escuela; era porque se metían con ella y la llamaban “la pie doblao” o “la pata palo” y siempre se reían de ella.

Así que nunca salía de casa y se pasaba los días en el jardín o en su cuarto jugando con sus muñecas de trapo o cartón. Casi siempre venía a visitarla un amigo de la niña que se llamaba José, de 12 años, que era el hijo de una vecina, Juana, que era viuda de guerra. José no era muy hablador debido a su sordera, pero algo se le entendía.

Ese día era especial, Lucía cumplía 10 años y su abuelo lo sabía muy bien. Así que se llevó toda la noche, trabajando a destajo para poder comprarle un buen regalo a su nieta. De repente empezó a llover, pero el anciano seguía excavando en una de las tumbas calado hasta los huesos. Pensaba: “maldita sea mi estampa, hoy

no es mi día". De pronto, una de las lápidas se rompió detrás de él, al mismo tiempo que sonaba un estruendoso rugir de relámpagos y truenos. Cauteloso y un poco asustado se asomó a la tumba y retiró los pedazos rotos de la lápida. En uno de los trozos se podía leer: "a mi querida hija Elizabeth de sus padres que nunca la olvidarán. Murió a la edad de 10 años. Que Dios la tenga en su Gloria". De pronto, un terrible escalofrío recorrió la espalda de Tomás. "Diez años, los mismos que cumple mi nieta". Sin pensarlo, bajó a la fosa y abrió el ataúd y allí estaba la niña vestida, con ropas caras. De pronto, algo le llamó la atención. Era una muñeca de porcelana muy bonita; estaba junto a la niña muerta. Se lo pensó mucho y dijo: "esta muñeca sería el regalo idóneo para mi nieta, pero yo nunca me atrevería a coger nada de los muertos. Va en contra de mis principios, sería como robar". Se quedó un buen rato divagando y después de rascarse la cabeza se decía para sí mismo: "pero dónde encuentro yo a estas horas algo para Lucía, y además lloviendo. Creo que Dios me la ha puesto en las manos. Yo, aunque me llevara toda la vida trabajando, nunca podría comprarle una muñeca así y seguro que si no la cojo yo, se la llevaría otro que no la necesita como yo y a ella ya no le importará". Dicho y hecho agarró la muñeca y se la guardó en el zurrón que siempre llevaba al hombro.

Mientras tanto, Lucía dormía plácidamente sentada en la mecedora. Al lado, junto a la chimenea estaba Chipi, que levantó la cabeza de repente. Un sexto sentido lo guiaba. Se levantó y se fue hasta la puerta. Tomás entró en aquel momento y, como siempre, Chipi al verlo se puso muy contento, saltando y dando vueltas a su alrededor. Olfateó el zurrón y retrocedió muy asustado. Empezó a ladrar lastimosamente. Los ladridos despertaron a Lucía, que al ver a su abuelo corrió para abrazarlo. Lucía preguntó: "¿qué me traes?" y Tomás metió la mano en el zurrón y sacó la muñeca. La reacción de Lucía no fue la que Tomás se esperaba. Lucía se quedó perpleja y con cara de estar asustada retrocedió y preguntó a Tomás: "¿de dónde la has sacado?" Tomás sorprendido por la pregunta le dijo: "la compré hoy en una tienda del pueblo". "¡Ah, vale!" y cogió la muñeca y sonrió.

Al otro día, como siempre, Tomás se marchó a trabajar. Lucía se

quedaba, pero algo había cambiado. Lucía, como todos los días, llamaba a Chipi para darle de comer en la cocina, pero por mucho que lo llamó no aparecía. “Este perro está muy raro”, pensó Lucía. Como todos los días José visitaba a Lucía, le decía “hola” haciendo los signos con las manos, pero Lucía no lo entendía bien. Así que José le hablaba como él podía. Le preguntó qué estaba haciendo y Lucía contestó que jugaba con la muñeca nueva. La tenía escondida detrás de la espalda. Lucía se rió y se la enseñó a José, que se quedó boquiabierto y sin pensárselo mucho le quito de las manos la muñeca y salió corriendo. Lucía le gritaba: -“pero, ¿qué es lo que te pasa?”- Pero José estaba ya muy lejos. De repente chocó con Tomás, que volvía de trabajar. Tomás reconoció la muñeca y se la quitó. El niño se asustó y salió corriendo. Tomás le devolvió la muñeca a Lucía y después fue a la casa de José para hablar con la madre y José más nunca volvió a casa de Lucía.

Tomás estaba muy enfadado con Lucía porque la conocía bien y sabía que le ocultaba algo. Se hizo de noche y se fueron a dormir. Cuando en el reloj sonaron las 12 un grito despertó a Tomás, que se cayó de la cama del susto. Era Lucía, que estaba en su cuarto. Tomás abrió de golpe la puerta. Había cogido un garrote, que llevaba en la mano. Lucía estaba en el suelo llorando. Tomás soltó el garrote y cogió en brazos a Lucía para acostarla en la cama; luego se sentó asustado y le pregunto: “¿qué ha pasado? Lucía lo miró y dijo, todavía con lágrimas en los ojos: “he tenido un sueño muy raro. Soñé que estaba en mi cama y de pronto, a los pies de la cama, había una niña sin ojos y con las ropas muy viejas. Tiraba de mis sábanas mientras decía: “devuélvemela” y así me desperté. Tomás no pudo decir ni una palabra. Las manos le temblaban.

“Bueno, era sólo un mal sueño”, dijo Tomás, “tranquila, si vuelvo vengo con el garrote y le doy”. Lucía se rió y dijo: “vale abuelo. Chipi, hasta mañana”. Tomás miró hacia atrás y vio al perro en la puerta asustado y sin entrar. Tomás pensó: “nunca debí haber cogido esa muñeca y un día de estos la dejaré dónde la encontré”.

Tomás cerró la puerta tras de sí. El cuarto estaba oscuro y silencioso y sólo se veía el brillo de unos ojos rojos y una sonrisa maléfica. De repente, la muñeca se movió girando la cabeza hacia donde dormía

Lucía. Lentamente se arrastraba hacia la niña cuando de repente entró Chipi, que cogió la muñeca y la arrojó al suelo. Tomás estaba cerca y lo vio. Cogió la muñeca del suelo y la puso en una silla. Agarró a Chipi y lo sacó del cuarto cerrando la puerta. Tomás miró al perro y le dijo: “creo que tú ves algo que yo no veo, ¿verdad?”, y Chipi ladró como si le hablara. “¿Es esa muñeca?”, y ladró de nuevo. Se agachó y le rascó la oreja diciendo: “buen perro” y susurrándole al oído le dijo: “cuando yo no esté, cuida de Lucía”. Llegó el invierno y como siempre hacía, Lucía y su abuelo fueron en el coche para hacer compras en las tiendas del pueblo. Compraban víveres porque todo el pueblo, cuando nevaba, se cubría de nieve y quedaba aislado hasta la primavera. Las tiendas estaban a rebosar de vecinos. Lucía y Tomás entraron en la tienda y mientras esperaban en la cola se les acercó Evaristo, que era el profesor de Lucía. Le preguntó: ¿vas a ir el año que viene a la escuela? Tomás miró a Lucía y le dijo: “¿en qué piensas?”. Pero ella no contestó. Se limitó a bajar la cabeza. Evaristo se acercó a Lucía y poniéndole la mano en el hombro le dijo: “sé lo de tus compañeros, que se metían contigo, pero te prometo que eso no pasará más porque hablé con ellos. No se volverá a repetir y si vuelves a la escuela no volverá a pasar. Te lo prometo”. Lucía levantó la cara y sonrió. “Sé que echas de menos a tu amiga Elizabet, verdad?”. La cara de Lucía cambió y empezó a llorar. Tomás no entendía nada y le preguntó a Evaristo: - ¿Qué le pasa a mi nieta?”- “¿No lo sabe?” - Pues no, pero el nombre de Elizabet, me resulta familiar. Pensaba, no será, no puede ser, sería demasiada casualidad”. Sé que es muy duro, pero con el tiempo lo superarás - añadió Evaristo. -“No es así, ¿entiende?”, gritó Lucía y salió corriendo de la tienda dando un portazo. Tomás se quedó atónito y preguntó al profesor: - “A esa amiga de mi nieta, ¿qué le pasó exactamente?”; “pues verá. Se llamaba Elizabet y murió el año pasado. Se cayó por un barranco cerca del río, ¿sabe?”; “ah, sí, ya recuerdo. Era la hija del alcalde, ¿verdad?”; “Pues sí”. “Es que yo en aquellos días estaba enfermo y me sustituía otro en el cementerio. Pero algo me contaron. Se decía que no fue un accidente, sino que alguien la empujó”. “Pues sí, eso decían, y que la policía encontró cerca del río sangre que no era de la niña y una cuerda atada a

un árbol” - dijo Evaristo. “Eso no lo sabía”-comentó Tomás, - y que además se encontraron unas huellas detrás de unos arbustos”.

“Bueno, perdone. Debo irme. Se me hizo tarde y tengo que buscar a Lucía. Hasta otra”-se despidió Tomás.

Tomás salió de la tienda muy pensativo. Lucía estaba en el coche con la cabeza agachada. Tomás subió al coche y arrancó. Los dos estuvieron todo el camino sin decirse nada. Cuando llegaron a la casa, Lucía salió del coche dando un portazo y Tomás se quedó allí, agarrado al volante.

Recordaba el día en el que, sentado en la mecedora, estaba preocupado porque Lucía se estaba retrasando. Estaba a punto de salir para buscarla cuando apareció por la puerta. Tomás la reprendió diciendo: “¿qué horas...?”, no pudo acabar la frase porque Lucía se desmayó en el suelo. Tomás la cogió en brazos y la miró. Tenía la pierna derecha destrozada. Sin pensar la llevó hasta el médico del pueblo.

Tomás despertó. Se había quedado dormido en el coche. Entró en casa y Lucía le dijo: “cuanto has tardado”.

Tomás miró la muñeca que Lucía tenía en las manos y se la quitó, diciéndole: “esta muñeca es de Elizabet ¿verdad? O me cuentas que pasó o la arrojó al fuego ahora mismo”. Lucía lloraba y le dijo: -“Vale, te lo diré todo. Es el único recuerdo que tengo de ella”. Y Lucía habló. “¿Recuerdas el día que tuve el accidente? Pues bien, Elizabet y yo jugábamos ese día cerca del barranco y Elizabet empezó a decir que su padre le había dicho que no jugara más conmigo porque ella era una niña de buena familia y yo una plebeya. Me enfadé y discutimos. Le quité la muñeca y Elizabet cogió la muñeca y decía: “devuélvemela, es mía”. Forcejamos y Elizabet resbaló y la muñeca fue a caer en unas ramas del barranco. Elizabet se agachó a por ella, pero la agarré y le dije: “Déjala, si bajas a por ella te puedes caer” - “No me caeré, déjame en paz, plebeya”. Cogió un palo e intentó alcanzarla, pero resbaló y cayó. Yo intenté agarrarla pero se me escapó de las manos.

Aterrada me asomé al barranco y allí estaba, en el fondo, al lado de la muñeca. Encontré una cuerda y la até a un árbol y empecé a bajar, pero a medio camino resbalé y choqué contra las rocas. Como

pude empecé a subir de nuevo por la cuerda hasta llegar arriba. Con la pierna rota caminé lenta y angustiosamente hasta que tú me encontraste y eso es todo. Bueno no, José estaba allí y lo vio todo y me dijo que no lo iba a contar, por eso se puso tan nervioso cuando me vio con la muñeca:

Después Tomás le contó lo del cementerio y Lucía dijo: “con tal de ahorrarte dinero eres capaz de todo”. Tomás empezó a reír a carcajadas y luego abrazó a Lucía diciendo: “Buenas noches y hasta mañana”.

Eran las 12 y Lucía se levantó para coger un vaso de agua. Se disponía a volver a al cama cuando vio algo que le hizo tirar el vaso al suelo. Un grito de terror salió de su garganta cuando vio la muñeca sentada en su cama. Se movía y giraba la cabeza y una terrible expresión se marcaba en su rostro. Inmóvil por el miedo trató de agarrar las mantas para arrojarla al suelo, pero de repente la muñeca habló y dijo: “¿es que ya no reconoces a tu amiga Elizabet?”. Lucía contestó: “ah, ¿eres tú?”; “sí” contestó, “bueno, su espíritu”. Lucía se fue para la muñeca y la cogió, arrojándola contra la pared. En ese momento entró Tomás y Lucía se puso detrás de él. Encendió las luces, pero la muñeca ya no estaba en el suelo. Lucía decía: “estaba aquí, lo juro”. “¿No habrá sido un sueño?”; pero de pronto, una fuerza invisible agarró a Lucía y la levantó del suelo, arrojándola a la cama. Tomás se quedó sin habla. En el espejo del cuarto, apareció reflejada la imagen de Elizabet, que decía: “fue por tu culpa, Lucía. Me caí y ni siquiera bajaste ni pediste ayuda a nadie”- “Eso no es cierto”, dijo Lucía, “sí que lo hice y mira”, señalándose la cicatriz de la pierna, “esto me lo hice por bajar a por ti, ¿sabes?”.

De repente se oyó un terrible grito que decía: “mientes maldita, seguro que tú le dijiste a tu abuelo lo de la muñeca. Sabías donde estaba, ¿verdad?, tú le dijiste que te la trajera porque la envidiabas y la querías para ti”. “Eso no es cierto”, ijo Tomás, “yo fui el que la cogió, ella no sabía nada. Le mentí y le dije que la había comprado, pero no era cierto. Le dije una mentira y lo siento mucho”. “Los dos estáis mintiendo”; de repente, el espejo se rompió en mil pedazos y las ventanas se abrieron de golpe.

Lucía abrazó a Tomás y dijo: “te perdono abuelo”. Lucía cogió la

muñeca del suelo y salieron corriendo hacia el coche y se montaron. Chipi iba detrás y Lucía le decía: “acelera rápido y sáltate los semáforos”.

Por fin llegaron al cementerio. Tomás salió del coche y le dijo a Lucía: “coge la pala y dámela. Tú y Chipi os quedáis en el coche”. “No”, dijo Lucía, “esto tengo que hacerlo yo misma”. Tomás la miró y dijo: “vale, pero Chipi se queda”. Llegaron hasta la tumba de Elizabet y Tomás bajó con la muñeca. Lucía se quedó arriba mirando. Empezó a cavar y después de un buen rato se oyó la madera. Con la pala Tomás abrió la tapa. Allí estaba. El cadáver de Elizabet. Lucía al verlo empezó a llorar. Tomás sacó la muñeca del zurrón y la puso junto a la niña y dijo: “perdona, mi pequeña, nunca debí de quitártela”. Cuando se disponía a subir, miró a Lucía, que tenía en su cara una expresión de miedo y señalaba hacia la tumba. Tomás se giró y se quedó petrificado por el miedo. Era el cadáver que se movía. Una de sus manos cogió la muñeca y se la puso en el pecho. Una terrorífica sonrisa se expresó en su cadavérico rostro. Tomás cerró la tapa de una patada y corrieron hasta el coche. “Por fin se acabó todo”, dijo Lucía mientras entraba en casa. “Pues sí”, dijo Tomás y de pronto sonó un grito. Tomás que estaba detrás de Lucía entro de golpe y gritó: “¡no!”, ¡esto no puede estar pasando!, ¡Díos mío!” Era la muñeca. Estaba de nuevo allí sentada en la mecedora, los miraba con aquella sonrisa diabólica. Tomás no lo pensó, se fue hacia allá y la cogió diciéndole: “¿qué es lo que quieres ahora? ¡maldita seas!”. Se disponía a arrojarla al fuego cuando de repente la muñeca se giró y escupió a Tomás en los ojos un líquido amarillento. Tomás no veía y la soltó en el suelo. La muñeca se puso de pie y miró a Lucía, que estaba en un rincón sin volverse por el miedo. Tomás se frotaba los ojos mientras la muñeca cogía un atizador de la chimenea. Lucía gritaba y decía: “¡Dios, sálvame!”. De pronto entró Chipi, que saltó sobre la muñeca y la agarró con los dientes y de un solo golpe la arrojó a la chimenea. Unos gritos terribles salían de la muñeca que se retorció en las llamas y al final sólo quedaron las cenizas. Tomás ya veía bien y abrazó a Lucía diciéndole: “ahora sí se ha acabado”. Tomás miró a Chipi y dijo: “buen perro”. Lucía volvió de nuevo a la escuela y cuando se hizo mayor fue la

maestra del pueblo y Tomás dejó el trabajo y se dedicó a la siembra en el campo. José volvió a jugar a la casa.

Esta historia que os conté me la contó a mí mi madre, que es la niña Lucía del cuento. Con el paso del tiempo las pocas gentes que quedaban en el pueblo se fueron y quedó olvidado, se convirtió en un pueblo fantasma. Algunas veces visito este pueblo y llego hasta el cementerio donde hay dos tumbas que ponen: “A Tomás, que fue en vida enterrador en este pueblo y ahora en la muerte los vigila y los cuida” y “Lucía, amada madre y esposa y maestra de los niños y mayores. Nos enseñó cómo cambiar y ser mejores”. Y junto, casi al lado de las dos tumbas, está una vieja lápida olvidada donde pone abajo del todo escrito con pintura. “Elizabet, Lucía te quiere y perdona”.

la muñeca era de la niña

texto adaptado a lectura fácil

La historia que os voy a contar sucedió hace mucho tiempo en un pueblecito de esos olvidados, cuyo nombre ahora no recuerdo. Las gentes del lugar eran muy pocas, pero muy trabajadoras y siempre estaban ocupadas en el campo.

Sucedió que en una vieja casa vivían un anciano y su nieta. Los padres de la niña murieron en un accidente y el abuelo se hizo cargo de ella por ser el único familiar. La niña se llamaba Lucía y tenía 9 años. Todas las mañanas le hacía el desayuno a su abuelo y lo despedía desde la ventana de su cuarto cuando se iba a trabajar.

Tomás, que así se llamaba el abuelo, siempre se lamentaba de que su nieta se quedase sola en la casa. Pero no tenía más remedio porque en el pueblo nadie hacía nada por nadie como no fuese pagado, y él era muy pobre.

De todas maneras, la niña no estaba tan sola: se quedaba con ella Chipi, un perro pastor alemán, y por eso el anciano se iba más tranquilo al trabajo.

El “viejo vende huesos” era como todos los del pueblo le llamaban por su oficio de sepulturero. Lucía hacía las faenas de la casa; limpiaba y hacía la comida. No iba al colegio desde hacía mucho tiempo porque tenía una pierna mal por culpa de una caída. Eso no le impedía ir a la escuela; no quería ir porque se metían con ella.

La llamaban “la pie doblao” o “la pata palo”
y siempre se reían de ella.

Así que nunca salía de casa
y se pasaba los días en el jardín o en su cuarto
jugando con sus muñecas de trapo o cartón.

Todos los días iba a visitarla un amigo.
Se llamaba José, tenía 12 años y era sordo.
Era el hijo de una vecina, Juana, viuda de guerra.

José no era muy hablador, y debido a su sordera,
era difícil entenderle.

El cumpleaños de Lucía era un día especial.
Lucía cumplía 10 años y su abuelo lo sabía muy bien.
Así que trabajó toda la noche a destajo,
para poder comprarle un buen regalo a su nieta.
De repente empezó a llover,
pero el anciano seguía excavando en una de las tumbas,
calado hasta los huesos.
Pensaba: “Maldita sea mi estampa, hoy no es mi día”.

De pronto, una de las lápidas se rompió detrás de él
y al mismo tiempo sonó un estruendoso rugir de truenos.
Cauteloso y un poco asustado se asomó a la tumba
y retiró los pedazos rotos de la lápida.
En uno de los trozos se podía leer:
“A mi querida hija Elizabeth, de sus padres que nunca la olvidarán.
Murió a la edad de 10 años. Que Dios la tenga en su Gloria”.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Tomás.
“10 años, los mismos que cumple mi nieta”.

Sin pensarlo, bajó a la fosa y abrió el ataúd
y allí estaba la niña vestida, con ropas caras.

UN INESPERADO REGALO DE CUMPLEAÑOS

Algo le llamó la atención.
Era una muñeca de porcelana muy bonita;
estaba junto a la niña muerta.

Se lo pensó mucho y dijo para sí:
"Esta muñeca sería el regalo idóneo para mi nieta,
pero yo nunca me atrevería a coger nada de los muertos.
Va en contra de mis principios, sería como robar".

Se quedó un buen rato divagando.
Se decía: "Pero dónde encuentro yo a estas horas
algo para Lucía, y además lloviendo.
Creo que Dios ha puesto esta muñeca en mis manos.
Aunque trabajara toda la vida,
nunca podría comprarle una muñeca así.
Seguro que si no la cojo yo,
se la llevaría otro que no la necesita como yo.
A ella ya no le importará".

Dicho y hecho. Agarró la muñeca
y se la guardó en el zurrón que siempre llevaba al hombro.

Mientras tanto, Lucía dormía plácidamente, sentada en la mecedora.
Al lado, junto a la chimenea estaba su perro Chipi,
que levantó la cabeza de repente.
Un sexto sentido lo guiaba.

Se levantó y se fue hasta la puerta.
Tomás entró en aquel momento y, como siempre,
Chipi al verlo se puso muy contento.
No paraba de saltar y dar vueltas a su alrededor.
Pero al olfatear el zurrón, retrocedió muy asustado.
Empezó a ladrar lastimosamente.

Los ladridos despertaron a Lucía,
que al ver a su abuelo corrió a abrazarlo.
Lucía preguntó: - ¿Qué me traes?

Y Tomás metió la mano en el zurrón y sacó la muñeca.
La reacción de Lucía no fue la que Tomás esperaba.
Lucía se quedó perpleja y con cara asustada retrocedió
y preguntó a Tomás:
- ¿De dónde la has sacado? -.

Tomás, sorprendido por la pregunta, le dijo:
- La compré hoy en una tienda del pueblo-.
- ¡Ah, vale!- y ella cogió la muñeca y sonrió.

Al día siguiente, como siempre,
Tomás se marchó a trabajar.
Lucía se quedaba, pero algo había cambiado.

Como todos los días,
Lucía llamó a Chipi para darle de comer en la cocina.
Pero por mucho que lo llamó no aparecía.
“Este perro está muy raro”, pensó Lucía.

Como todos los días José visitaba a Lucía
y le decía “hola” haciendo los signos con las manos.
Pero Lucía no lo entendía bien.
Así que José le hablaba como él podía.
Le preguntó qué estaba haciendo
y Lucía contestó que jugaba con la muñeca nueva.
La tenía escondida detrás de la espalda.

Lucía se rió y se la enseñó a José,
que se quedó boquiabierto y sin pensárselo,
le quitó la muñeca de las manos y salió corriendo.

Lucía le gritaba:

- Pero, ¿qué pasa?

Pero José estaba ya muy lejos.

De repente chocó con Tomás, que volvía de trabajar.

Tomás reconoció la muñeca y se la quitó.

El niño se asustó y salió corriendo.

Tomás le devolvió la muñeca a Lucía

y después fue a la casa de José para hablar con la madre.

A José ya no le dejaron volver a casa de Lucía.

UN SUEÑO MUY RARO

Tomás estaba muy enfadado con Lucía

porque la conocía bien y sabía que le ocultaba algo.

Se hizo de noche y se fueron a dormir.

Cuando en el reloj sonaron las 12, un grito despertó a Tomás,
que, del susto, se cayó de la cama.

Era Lucía.

Tomás cogió un garrote y fue hacia su habitación.

Abrió de golpe la puerta.

Encontró a Lucía en el suelo, llorando.

Tomás soltó el garrote y cogió en brazos a Lucía
para acostarla en la cama.

Luego se sentó asustado y le preguntó:

- ¿Qué ha pasado?

Lucía lo miró y dijo, todavía con lágrimas en los ojos:

- He tenido un sueño muy raro.

Soñé que estaba en mi cama y de pronto,

a los pies de la cama, había una niña sin ojos

y con las ropas muy viejas.

Tiraba de mis sábanas mientras decía: - Devuélvemela- .

Y entonces me desperté.

Tomás no pudo decir ni una palabra.

Las manos le temblaban.

- Bueno, era sólo un mal sueño– dijo Tomás-.

Tranquila, si vuelve, vengo con el garrote y le doy.

Lucía se rió y dijo:

- Vale, abuelo. Chipi, hasta mañana.

Tomás miró hacia atrás y vio al perro en la puerta, asustado y sin entrar.

Tomás pensó: “Nunca debí haber cogido esa muñeca.

Un día de estos la dejaré dónde la encontré”.

CHIPI VIO ALGO EN LA MUÑECA

Tomás cerró la puerta tras de sí.

El cuarto estaba oscuro y silencioso.

Pero sobre la cama, a los pies de Lucía,

se veían brillar unos ojos rojos

y una sonrisa maléfica.

Eran de la muñeca, que empezó a moverse

y giró la cabeza hacia donde dormía Lucía.

Lentamente empezó a arrastrarse hacia la niña

cuando de repente entró Chipi,

que cogió la muñeca y la arrojó al suelo.

Tomás estaba cerca y lo vio.

Cogió la muñeca del suelo y la puso en una silla.

Agarró a Chipi y lo sacó del cuarto cerrando la puerta.

Tomás miró al perro y le dijo:

- Creo que tú ves algo que yo no veo, ¿verdad?

Y Chipi ladró como si le contestara.

- ¿Es esa muñeca?

Y Chipi ladró de nuevo.

Tomás se agachó y le rascó la oreja diciendo:
- Buen perro — , y susurrándole al oído le dijo:
- Cuando yo no esté, cuida de Lucía.

EL RECUERDO DE ELIZABET

Llegó el invierno y Lucía y su abuelo fueron en el coche para hacer compras en las tiendas del pueblo. Al llegar el invierno siempre compraban víveres porque, cuando nevaba, todo el pueblo se cubría de nieve y quedaba aislado hasta la primavera.

Las tiendas estaban a rebosar de vecinos. Lucía y Tomás entraron en una tienda y mientras esperaban en la cola se les acercó Evaristo, que era profesor de Lucía.

Le preguntó:

- ¿Vas a ir el año que viene a la escuela?

Tomás miró a Lucía y le dijo:

- ¿En qué piensas?

Pero ella no contestó. Solo bajó la cabeza.

Evaristo se acercó a Lucía

y poniéndole la mano en el hombro le dijo:

- Sé lo de tus compañeros, que se metían contigo, pero te prometo que eso no pasará más porque hablé con ellos. Si vuelves a la escuela no se volverá a repetir. Te lo prometo.

Lucía levantó la cara y sonrió.

- Sé que echas de menos a tu amiga Elizabet, ¿verdad?.

La cara de Lucía cambió y empezó a llorar.

Tomás no entendía nada y le preguntó a Evaristo:

- ¿Qué le pasa a mi nieta?

- ¿No lo sabe?- preguntó el profesor.
- Pues no, pero el nombre de Elizabet me resulta familiar.
Tomás pensaba: “No será, no puede ser, sería demasiada casualidad”.

- Sé que ha sido muy duro para ti,
pero con el tiempo lo superarás - añadió Evaristo.
- No es así, ¿entiende? - gritó Lucía
y salió corriendo de la tienda dando un portazo.

Tomás se quedó atónito y preguntó al profesor:
- A esa amiga de mi nieta, ¿qué le pasó exactamente?
- Pues vería. Se llamaba Elizabet y murió el año pasado.
Se cayó por un barranco cerca del río, ¿sabe?
- Ah, sí, ya recuerdo. Era la hija del alcalde, ¿verdad?
- Pues sí.
- Es que yo en aquellos días estaba enfermo
y me sustituía otro en el cementerio. Pero algo me contaron.

Se decía que no fue un accidente, sino que alguien la empujó.
- Pues sí, eso decían, y que la policía encontró cerca del río sangre
que no era de la niña y una cuerda atada a un árbol - dijo Evaristo.
- Eso no lo sabía- comentó Tomás.
- Y que además se encontraron unas huellas
detrás de unos arbustos.
- Bueno, perdone. Debo irme. Se me hizo tarde
y tengo que buscar a Lucía. Hasta otra - se despidió Tomás.

Tomás salió de la tienda muy pensativo.
Lucía le esperaba en el coche con la cabeza agachada.
Tomás subió al coche y arrancó.
Los dos estuvieron todo el camino sin decirse nada.
Cuando llegaron a la casa,
Lucía salió del coche dando un portazo
y Tomás se quedó dentro, agarrado al volante.

Recordaba el día en el que, sentado en la mecedora, estaba preocupado porque Lucía se retrasaba. Iba a salir para buscarla cuando apareció por la puerta. Tomás la reprendió diciendo: - ¿Qué horas...? - No pudo acabar la frase porque Lucía se desmayó.

Tomás la cogió en brazos y entonces vió que tenía la pierna derecha destrozada. Sin perder un minuto la llevó al médico del pueblo.

EL ACCIDENTE DEL BARRANCO

Tomás despertó. Se había quedado dormido en el coche. Entró en casa y Lucía le dijo: - ¡Cuánto has tardado! -.

Tomás miró la muñeca que Lucía tenía en las manos y se la quitó, diciéndole:
- Esta muñeca es de Elizabet ¿verdad?
O me cuentas qué pasó o la arrojo al fuego ahora mismo.

Lucía lloraba y le dijo:
- Vale, te lo diré todo. Es el único recuerdo que tengo de ella.

Y Lucía habló.
- ¿Recuerdas el día que tuve el accidente?
Pues bien, Elizabet y yo jugábamos ese día cerca del barranco. Elizabet empezó a decir que su padre no quería que jugara conmigo porque ella era una niña de buena familia y yo una plebeya. Me enfadé y discutimos. Le quité la muñeca y Elizabet cogió la muñeca mientras decía:
- Devuélvemela, es mía.

Lucía continuó:
- Forcejamos. Elizabet resbaló.

La muñeca fue a caer en unas ramas que sobresalían de la pared barranco. Elizabeth se agachó a por ella, pero la agarré y le dije: "Déjala, si te acercas a cogerla te puedes caer" "No me caeré. ¡Déjame en paz, plebeya!"

- Cogió un palo e intentó alcanzar la muñeca, pero resbaló y cayó por el barranco. Yo agarré a Elisabeth, pero se me escapó de las manos. Aterrada me asomé al barranco y allí estaba, en el fondo, al lado de la muñeca. Encontré una cuerda y la até a un árbol y empecé a bajar, pero a medio camino resbalé y choqué contra las rocas. Como pude empecé a subir de nuevo por la cuerda, hasta llegar arriba.

Lucía continuó, con voz cada vez más temblorosa:
- Con la pierna destrozada caminé lenta y angustiosamente hasta llegar a casa.

Y eso es todo. Bueno no, José estaba allí. Lo vio todo y me dijo que no lo iba a contar. Por eso se puso tan nervioso cuando me vio con la muñeca.

Entonces Tomás le contó a Lucía lo del cementerio y Lucía dijo:
- Con tal de ahorrarte dinero eres capaz de todo. Tomás se rió a carcajadas y luego abrazó a Lucía diciendo:
- Buenas noches y hasta mañana.

UN ESPÍRITU VENGATIVO

Eran las 12 de la noche y Lucía se levantó para beber un vaso de agua.

Iba a volver a la cama
cuando vió algo que le hizo tirar el vaso al suelo.

Un grito de terror salió de su garganta
cuando vió la muñeca sentada en su cama.
Se movía y giraba la cabeza
y su rostro tenía una expresión terrible.

Aterrorizada, trató de agarrar las mantas para arrojarla al suelo,
pero la muñeca habló y dijo:

- ¿Es que ya no reconoces a tu amiga Elizabet?

Lucía contestó:

- Ah, ¿eres tú?

- Sí- contestó la muñeca-, bueno, su espíritu.

Lucía fue hacia la muñeca y la arrojó contra la pared.
En ese momento entró Tomás y Lucía se puso detrás de él.
Encendió las luces, pero la muñeca ya no estaba en el suelo.

Lucía decía:

- Estaba aquí, lo juro. ¿No habrá sido un sueño?

Pero de pronto, una fuerza invisible agarró a Lucía
y la levantó del suelo, arrojándola a la cama.
Tomás se quedó sin habla.

En el espejo del cuarto,
apareció reflejada la imagen de Elizabet, que dijo:

- Fue por tu culpa, Lucía. Me caí

y ni siquiera bajaste a buscarme, ni pediste ayuda a nadie

- Eso no es cierto- protestó Lucía-. Sí que lo hice.

¡Mira! - dijo señalándose la cicatriz de la pierna-.

Esto me lo hice por bajar a por ti, ¿sabes?

De repente se oyó un terrible grito que decía:

- ¡Mientes maldita! Seguro que tú le dijiste a tu abuelo lo de la muñeca. Sabías dónde estaba, ¿verdad? Tú le dijiste que te la trajera porque me envidiabas y la querías para ti.

- Eso no es cierto- intervino Tomás-. La cogí yo. Ella no sabía nada.

Le mentí y le dije que la había comprado, pero no era cierto. Le dije una mentira y lo siento mucho.

- Los dos estáis mintiendo- insistió Elizabet, con rabia

De repente, el espejo se rompió en mil pedazos y las ventanas se abrieron de golpe.

LA MUÑECA VUELVE A SU AMA

Lucía abrazó a Tomás y dijo:

- Te perdono abuelo.

Lucía cogió la muñeca del suelo y salieron corriendo, seguidos de Chipi.

Llegaron al coche y se montaron en él.

Chipi iba detrás y Lucía le decía a su abuelo:

- ¡Acelera rápido y sáltate los semáforos!

Por fin llegaron al cementerio.

Tomás salió del coche y le dijo a Lucía:

- Dame la pala. Tú y Chipi os quedáis en el coche.

- No- dijo Lucía -. Esto tengo que hacerlo yo.

Tomás la miró y dijo:

- Vale, pero Chipi se queda.

Llegaron hasta la tumba de Elizabet.

Tomás bajó con la muñeca.

Lucía se quedó arriba mirando.

Tomás empezó a cavar.
Después de un buen rato,
la pala golpeó la madera del ataúd.
Con la pala Tomás abrió la tapa.
Allí estaba. El cadáver de Elisabet.

Lucía al verlo empezó a llorar.
Tomás sacó la muñeca del zurrón y la puso junto a la niña
Y dijo:
- Perdona, mi pequeña, nunca debí quitártela.

Cuando iba a cerrar la tapa del ataúd, miró a Lucía.
Vió en su cara una expresión de miedo
y que señalaba hacia la tumba.

Tomás se giró y se quedó petrificado por el miedo.
El cadáver de Elisabet se movía.
Una de sus manos cogió la muñeca y se la puso en el pecho.
En su cadavérico rostro apareció una terrorífica sonrisa.
Tomás cerró la tapa de una patada y corrieron hasta el coche.

EL FIN DE LA PESADILLA

- Por fin se acabó todo— , dijo Lucía al llegar a casa.
- Sí, por fin- dijo Tomás.

Entonces sonó un grito.
Tomás abrió la puerta de golpe
y al entrar en la casa y gritó:
- ¡No! ¡Esto no puede estar pasando! ¡Díos mío!

Era la muñeca. Estaba de nuevo allí, sentada en la mecedora.
Los miraba con su sonrisa diabólica.
Tomás no lo pensó. Fue hacia ella y la cogió diciéndole:
- ¿Qué es lo que quieres ahora? ¡Maldita seas!

Iba a arrojarla al fuego,
cuando de repente la muñeca se giró
y escupió a Tomás en los ojos un líquido amarillento.

Tomás no veía nada. La soltó y cayó al suelo.
La muñeca se puso de pie y miró a Lucía,
que estaba en un rincón, sin volverse por el miedo.

Tomás se frotaba los ojos
mientras la muñeca cogía un atizador de la chimenea.
Lucía gritaba y decía:
- ¡Dios, sálvame!

De pronto entró Chipi, que saltó sobre la muñeca.
La agarró con los dientes y de un solo golpe
la arrojó a la chimenea.
Unos gritos terribles salían de la muñeca
que se retorció en las llamas.
Al final sólo quedaron las cenizas.

Tomás ya veía bien
y abrazó a Lucía diciéndole:
- Ahora sí se ha acabado.

Tomás miró a Chipi y dijo: - Buen perro.

Lucía volvió de nuevo a la escuela.
Cuando se hizo mayor fue la maestra del pueblo.
Tomás dejó el trabajo y se dedicó a trabajar la tierra.
José volvió a jugar a casa de Lucía.

Esta historia que os conté me la contó a mí mi madre,
que es la niña Lucía del cuento.
Con el paso del tiempo,
las pocas gentes que quedaban en el pueblo se fueron.
Quedó olvidado y se convirtió en un pueblo fantasma.

Algunas veces visito este pueblo y llego hasta el cementerio donde hay dos tumbas en las que puede leerse:

“A Tomás, que fue en vida enterrador en este pueblo y ahora en la muerte los vigila y los cuida”,

“Lucía, amada madre y esposa y maestra de los niños y mayores. Nos enseñó cómo cambiar y ser mejores”.

Y casi al lado de las dos tumbas, está una vieja lápida olvidada

donde se puede leer, abajo del todo, escrito con pintura:

“Elizabet, Lucía te quiere y perdona”.

crónica de un recluta

Jorge tenía miedo. Mucho miedo. Sabía que pronto vendrían a buscarle los franquistas, le obligarían a alistarse en el ejército para luchar por unos ideales y una bandera que no eran los suyos. Dio gracias a Dios por hacer que su hermana no estuviese ya en España. Hacía años que ella había marchado a Argentina, en busca de un futuro mejor. Jorge volvió a dar gracias a Dios porque su hermana ya no estuviese allí, y que no viese aquella locura en la que los hermanos se mataban unos a otros, en la que las familias eran destrozadas por hombres sin alma, aquella locura llamada España. Llamaron a la puerta. Ya habían llegado. Jorge no quería ir con ellos, pero tenía que hacerlo, si no le fusilarían, y después irían a por su mujer... no, tenía que ir con ellos, dejarse llevar y esperar que Sofía aguantase sin él. Y sobre todo, no dejar que descubriesen sus inclinaciones políticas. No le importaba lo que le hiciesen a él, pero los franquistas no le perdonarían a Sofía el haber sido la mujer de un republicano, no se iría con ellos tranquilamente y sin decir palabra. Jorge fue a abrir la puerta. Sabía perfectamente lo que se iba a encontrar, porque había visto en los periódicos que la situación en el frente de Valencia se había recrudecido, y los del bando nacional necesitaban carne de cañón para enviarla al frente.

Abrió la puerta, y delante de él aparecieron dos militares. Sus facciones eran duras, sin un solo vestigio de compasión o piedad. Empezaron a soltar su discurso, pero Jorge no les escuchaba, pensaba en su hermana, en como lo estaría pasando en Argentina, si viviría bien allí... Entonces los militares le dijeron que les acompañase, y Jorge se dejó llevar, mientras los militares le agarraban por los brazos y le sacaban de su casa: pero entonces apareció Sofía, se tiró al suelo y les suplicó a los soldados que no se llevasen a su maridos, les gritaba, les tiraba de los pantalones, pero ellos impasibles, seguían arrastrando a Jorge, hasta que ella se agarró a él, entonces, uno de los guardas se giró y le dio una patada en la cara a Sofía, que se desplomó en el suelo, y allí se quedó, mientras lágrimas mezcladas con sangre goteaban de sus mejillas.

Los militares fueron arrastrando a Jorge hasta que lo tiraron en la parte trasera de un furgón; junto con otros pobres desgraciados cuyo destino, como el suyo, sería caer en el frente. Todos tenían una expresión de tristeza y de derrota en el rostro. Algunos lloraban, la mayoría rezaban, él por el contrario, no hacía ni decía nada, solamente pensaba en su hermana, en lo que estaría haciendo ella mientras él iba en aquel furgón rumbo a la muerte.

Después de un largo trayecto llegaron al cuartel. No sabía cuanto tiempo había durado el viaje, no había contado las horas. Había decidido disfrutar de las últimas horas de tranquilidad sin obsesionarse ni por el tiempo, ni por Sofía ni por el lugar a donde los llevaban, e hizo bien, pues las próximas horas iban a ser un infierno. Después de pasar lista, les hicieron pasar inmediatamente al entrenamiento, que consistía básicamente en disparar y acuchillar a un espantapájaros; después, una asquerosa bazofia que llamaban comida, y unas largas marchas por suelo embarrado.

En una de esas marchas uno de los reclutas tropezó y cayó al suelo y al instante un oficial se acercó para darle patadas en el estómago mientras le gritaba que era un blandengue y un marica que nunca llegaría a nada, después de eso lo mandó al calabozo toda la noche. La noche no fue mucho mejor. Les habían mandado a dormir a unas barracas medio hechas, tumbados en camas infestadas de bichos mientras el viento hacía zozobrar las paredes con un ruido atronador. Para no sentir todo eso, Jorge concentraba todos sus pensamientos en su hermana, y se reconfortaba pensando que en aquel momento su hermana estaría dando un paseo bajo el sol, o durmiendo en una cómoda cama. El no estaba muy seguro de lo que estaría haciendo ahora mismo, pues no sabía nada sobre las equivalencias horarias de España y Argentina.

Al día siguiente los prepararon para ir al frente pues en opinión de los altos mandos franquistas, los reclutas estaban listos; la realidad era que Franco quería acabar de una vez por todas con la resistencia republicana, por lo que los mandos se habían visto obligados a enviar a luchar ya a los cadetes.

Por eso mismo, los oficiales sacaron a los reclutas de sus barracones, les dieron un rifle a cada uno, los montaron otra vez

en los furgones, y los llevaron al frente, mientras Jorge se iba concienciando de que iba a morir.

Nada más bajar del furgón, Jorge ya se vio mordiéndose el polvo del suelo, y después de levantarlo y darle un puñetazo, le obligaron a avanzar junto con los otros dos reclutas al grito de "¡Viva España!". Jorge no tenía ni idea de qué hacer: ¿seguía avanzando, disparaba a algún sitio o simplemente se tiraba al suelo y esperaba a que pasase todo? No tuvo tiempo de encontrar la respuesta, pues un soldado enemigo se le había puesto a la vista. Jorge puso su rifle en posición de tiro y dispuso su dedo índice en el gatillo. Intentó apretar el gatillo, pero no pudo, toda la desesperación que había contenido durante aquellos días, finalmente logró apoderarse de él, y se dio cuenta de que no quería estar ahí, y deseó poder dar marcha atrás en el tiempo hasta antes de que los franquistas viniesen a buscarle, para poder abrazar a Sofía y decirle cuanto la quería.

Pero ese deseo se cumplió, pues su enemigo vio que le estaba apuntando y reaccionó rápidamente disparándole dos veces en el pecho y el estómago. Y mientras se desangraba, Jorge se preguntó si su hermana sabría alguna vez que él murió así, lejos de su hogar y abatido por un soldado desconocido.

Lo que Jorge no sabía era que al comenzar la guerra, su hermana volvió a España para ayudar a los republicanos a combatir a los sublevados, y que ella no supo que aquel soldado franquista que estuvo a punto de matarla en Valencia era su propio hermano, ni siquiera cuando estuvo frente al pelotón que la fusiló.

crónica de un recluta

texto adaptado a lectura fácil

Jorge tenía miedo. Mucho miedo.
Sabía que pronto vendrían a buscarle los franquistas.
Le obligarían a alistarse en el ejército
para luchar por unos ideales y una bandera
que no eran los suyos.

Dio gracias a Dios por hacer que su hermana
no estuviese ya en España.
Hacía años que ella había marchado a Argentina,
en busca de un futuro mejor.

Jorge volvió a dar gracias a Dios
porque su hermana ya no estuviese allí,
y que no viese aquella guerra, aquella locura.
Una guerra en la que los hermanos se mataban unos a otros,
en la que las familias eran destrozadas por hombres sin alma,
aquella locura llamada España.

LLAMAN A LA PUERTA

Llamaron a la puerta. Ya habían llegado.
Jorge no quería ir con ellos, pero tenía que hacerlo.
Si no le fusilarían, y después irían a por Sofía, su mujer...
Tenía que ir con ellos, dejarse llevar
y esperar que Sofía aguantase sin él.

Y sobre todo, no dejar que descubriesen sus ideas políticas.
No le importaba lo que le hiciesen a él.
Pero los franquistas no le perdonarían a Sofía
el haber sido la mujer de un republicano.
El se iría con ellos tranquilamente y sin decir palabra.

Jorge fue a abrir la puerta.
Sabía lo que se iba a encontrar,
porque había visto en los periódicos
que la situación en el frente de Valencia se había recrudecido.
Y los del bando nacional necesitaban carne de cañón
para enviarla al frente.

Abrió la puerta, y delante de él aparecieron dos militares.
Sus facciones eran duras,
sin un solo vestigio de compasión o piedad.
Empezaron a soltar su discurso, pero Jorge no les escuchaba.
Pensaba en su hermana, en como lo estaría pasando en Argentina,
si viviría bien allí...
Entonces los militares le dijeron que les acompañase.

Le agarraron por los brazos y le sacaron de su casa.
Jorge se dejó llevar.
Pero entonces apareció Sofía, se tiró al suelo
y les suplicó a los soldados que no se llevasen a su marido.
Les gritaba, les tiraba de los pantalones.
Pero ellos, impenitentes, seguían arrastrando a Jorge.
Hasta que ella se agarró a él.

Entonces, uno de los guardas se giró
y le dio una patada en la cara a Sofía,
que se desplomó en el suelo.
Y allí se quedó, mientras lágrimas mezcladas con sangre
goteaban de sus mejillas.

ENTRENADOS PARA MORIR

Los militares arrastraron a Jorge
hasta la parte trasera de un furgón.
Allí lo tiraron junto con otros pobres desgraciados
que, como él, iban a morir en el frente.

Todos parecían tristes y derrotados.
Algunos lloraban, la mayoría rezaban.
Él, por el contrario, no hacía ni decía nada.
Solamente pensaba en su hermana,
en lo que estaría haciendo ella
mientras él iba en aquel furgón rumbo a la muerte.

Después de un largo trayecto llegaron al cuartel.
No sabía cuánto tiempo había durado el viaje.
No había contado las horas.
Había decidido disfrutar de las últimas horas de tranquilidad,
sin obsesionarse ni por el tiempo,
ni por Sofía, ni por el lugar adonde los llevaban.

E hizo bien, pues las próximas horas iban a ser un infierno.
Después de pasar lista, les llevaron al entrenamiento,
que consistía básicamente
en disparar y acuchillar a un espantapájaros.

Después les dieron una asquerosa bazofia que llamaban comida,
y les obligaron a hacer largas marchas por el suelo embarrado.

En una de esas marchas,
uno de los reclutas tropezó y cayó al suelo.
Al instante un oficial se le acercó
y le dio patadas en el estómago,
mientras le gritaba que era un blandengue y un marica
que nunca llegaría a nada.
Después de eso lo mandó al calabozo toda la noche.

La noche no fue mucho mejor.
Les habían mandado a dormir en unas barracas a medio hacer.
Debían tumbarse en camas infestadas de bichos
mientras el viento hacía zozobrar las paredes
con un ruido atronador.

Para no sentir todo eso,
Jorge concentraba todos sus pensamientos en su hermana.
Le reconfortaba pensar que en aquel momento
ella estaría dando un paseo bajo el sol,
o durmiendo en una cómoda cama.
No estaba muy seguro
de lo que estaría haciendo en aquel momento,
pues desconocía cuál era la diferencia horaria
entre España y Argentina.

CARNE DE CAÑÓN

Al día siguiente los prepararon para ir al frente.
En opinión de los altos mandos franquistas,
los reclutas ya estaban preparados.
La realidad era que Franco quería acabar de una vez
con la resistencia republicana.
Por eso obligaba a los mandos a que enviaran
a luchar ya a los cadetes,
aunque les faltaba preparación.

Los oficiales sacaron a los cadetes de sus barracones,
les dieron un rifle a cada uno,
y los montaron otra vez en los furgones,
para llevarlos al frente.
Jorge estaba cada vez más convencido de que iba a morir.

EL ÚLTIMO ENCUENTRO

Nada más bajar del furgón, Jorge cayó
y se encontró mordiendo el polvo del suelo.
Después de levantarlo y darle un puñetazo,
le obligaron a avanzar junto con los otros dos reclutas
al grito de “¡Viva España!”.

Jorge no tenía ni idea de qué hacer:
¿seguía avanzando, disparaba a algún sitio
o simplemente se tiraba al suelo y esperaba a que pasase todo?

No tuvo tiempo de encontrar la respuesta,
pues un soldado enemigo se le había puesto a la vista.
Jorge puso su rifle en posición de tiro
y dispuso su dedo índice en el gatillo.

Intentó apretar el gatillo, pero no pudo.
Toda la desesperación que había contenido
durante aquellos días, se apoderó de él.

Se dio cuenta de que no quería estar ahí.
Deseó poder dar marcha atrás en el tiempo
hasta antes de que los franquistas viniesen a buscarle,
para poder abrazar a Sofía y decirle cuánto la quería.

Pero ese deseo se cumplió.
Su enemigo vió que le estaba apuntando
y reaccionó rápidamente.
Le disparó dos veces,
una en el pecho y otra en el estómago.

Mientras se desangraba,
Jorge se preguntó si su hermana sabría alguna vez
que él murió así, lejos de su hogar
y abatido por un soldado desconocido.

Lo que Jorge no sabía era que al comenzar la guerra,
su hermana había vuelto de Argentina
para unirse a los republicanos
y combatir a los sublevados franquistas.

Ella tampoco supo nunca que aquel soldado franquista
que estuvo a punto de matarla en Valencia,

era su propio hermano.

Y murió sin saberlo, frente al pelotón franquista que la fusiló, después de hacerla prisionera.

la piedra mágica

Nada más salir de entrenar en aparatos de gimnasio subí a casa, era a mediados de agosto y cada vez oscurecía antes, mis hermanas estaban estudiando. Antes de llegar a mi calle me dio por girar el cuello como si pareciera que me estuvieran siguiendo, pero no lo parecía; horas más tarde aparecieron tres hombres: de repente, a saber de dónde salían, intenté darles esquinazo pero iban más rápidos que yo, sin saber cómo aparecieron delante de mí, no tuve tiempo de reaccionar pues se me venían encima y de un empujón me empotraron contra la pared y tuve que tirar la bolsa de deporte al suelo, le oí a uno de ellos que me decía: - Nos vas a ayudar, te guste o no.

Mientras me arrancaban los botones de la camina y me la abrían, los dos hombres me tenían bien sujeta: intenté forcejear para irme pero no pude. Al otro hombre que sostenía la gema en la mano derecha ya que con la izquierda se oía golpes secos como si tuviera un bastón consigo mientras que sostenía la piedra con la otra mano con intención de empujarla a mi tripa, y cuando me dí cuenta ya no estaban.

No entendía nada, y me quedé llorando en plena calle, y con la camisa abierta aparecieron mis hermanos mayores; nada más verme se pensaron lo peor, horas más tarde la dichosa gema empezó a hacer de las suyas en mi, los chicos se quedaron inmóviles viendo el resplandor que desprendía la piedra en mi tripa; mis hermanos no se lo creían que había algo en mí que se estaba moviendo, no era ninguna broma, me vieron la cara de horror al ver lo que pasaba.

El hermano mayor tuvo la iniciativa de llevarme a casa y con tranquilidad pensarían en algo cogiendo la bolsa de deporte; y así lo hicieron, mi hermano menor tuvo que cargar conmigo con un poco de ayuda por parte de nuestro hermano mayor; nada más entrar en casa chilló sabiendo que las chicas estaban en casa ya que salieron de las habitaciones escaleras abajo poara haber que pasaba.
- ¡Tengo que estudiar!, ¡deja de chillar! Dijo Alejandra.

- ¡ayuda!, ¡hablo en serio! ¡Cómo no ayudéis hablo con papá!
Las chicas salieron escopetadas hacia el salón por ver qué demonios pasaba; apunto de desmayarse y de quedarme inconsciente con la camisa abierta y con mala cara, las chicas vieron la movida, era momento de reaccionar: Ana fue la primera en preguntar:

- ¿Cómo demonios la habéis encontrado, así?

- No lo sé no tengo ni idea, la hemos encontrado sola con la camisa abierta y con mala cara, además, tiene algo en la tripa que se ilumina, no sabemos qué es, -intervino mi segundo hermano.

Enseguida mi hermana Ana reaccionó tocándome la cara y enseguida sacó sus conclusiones:

- Esto no me gusta nada... creo que tiene fiebre

- Me la llevo arriba a su habitación, -volvió a intervenir Jorge-

- No me dejes por favor. -Dije yo hablando entre cortado-

- No voy a dejarte, te lo juro, voy a por el termómetro. Me dijo mi hermano mayor-

- Subirla que voy a por el termómetro. Volvió a decir el mayor.

Hora más tarde, con el termómetro y en habérmelo puesto para saber la temperatura y antes de llevárselo y lo deja en la mesa de trabajo de mi habitación y por un descuido.

Alejandra yacía a mi lado y por un despiste cogio el termómetro a ponérmelo y mi hermano menor reaccionó al ver a Alejandra que intentaba ponérmelo.

- ¡ya se lo he puesto, yo! -Dijo mi hermano mayor-

- ¿Y que temperatura tiene? -Preguntó Alejandra-

- 35 grados. -Respondió Carlos-

- Pues ahora tiene 40, ¿eso es bueno o malo? -Preguntó Alejandra-

- ¡quítaselo!, ¡quítaselo! Saliendo corriendo dispuesto a coger el termómetro.

Por suerte Jorge se lo quitó a tiempo ya que salía de su habitación en ese momento en dirección a mi habitación.

- Quítala la camisa, no pasa nada. -Volvió a decir Jorge-

Empezó a moverse otra vez a iluminarse a la vez en mi tripa, incluso Alejandra en primera fila fue quien se asustó y la que chilló.

- ¡que alguien me ayude! -Dijo Alejandra-

- Jorge sabía el percal de la piedra y como desde la puerta abierta de

mi habitación estaba iluminada de verde fue quien alertó a Carlos y a Ana:

- ¡date prisa!, la rotación de la piedra ha vuelto a suceder y Vero está delirando de dolor, no creo que lo soporte, tiene 40 de fiebre, ven a verlo Ana, es alucinante, sobre todo su color.

Mis hermanos vieron el espectáculo de la piedra y lo peor era en verme como sufría de dolor por la rotación y la impotencia de mis hermanas al ver el sufrimiento de no poder hacer nada. Ana reaccionó y pidió a Alejandra que se apartara para pararlo, se acabó el espectáculo, tenía que hacer algo y lo único que se le ocurrió fue el agua.

- ¡Agua fría o hielo, deprisa!, y trapos, voy a parar este proceso ahora mismo.

- ¡Moveos!, ¡Rápido! -Dijo Ana-

Los chicos enseguida empezaron a moverse. Incluso trajeron agua pero no sabían dónde estaban los trapos ni el hielo, Jorge tuvo una idea; se quitó la camiseta que llevaba encima se quedó sin ella, a torso desnudo, con tal de ayudar y parar la rotación de la piedra:

- Utilizarla ya no la quiero. Rómpela hazla trapo, tengo dos nuevas sin estrenar –guiñándome el ojo me dijo Jorge -.

Lo que realmente quería era enseñarme la tableta de chocolate como lo llama él. Presumir de hermano deportista que nuestra hermana la menor Ana no era la única que trabajaba para hacer deporte que los demás de familia también estábamos en la brecha del mundo de deporte, y nuestro hermano mayor también hacía deporte, era monitor de alpinismo y sabía escalada.

- Ponte algo, así no te quiero ver y deja de fardar de cuerpo favorito... ya se que vas al gimnasio y que eres escalador. -Dijo Ana levantando la muñequera del cordón roto-. Mareadilla y delirando dijo algo cómo:

- Déjale, si voy a morir igual, que verle medio desnudo. Dije yo mirándole y guiñándole un ojo.

- ¡Tú qué dices! estás tonta, deja de decir esas gilipolleces - contestó Ana. A punto de quedarme inconsciente, no me dejaron mis hermanos que me quedara inconsciente.

Acto seguido vinieron nuestros padres a casa se oyó desde mi habitación el ruido de las llaves de nuestra madre ya que venían

juntos, mientras los chicos intentaban junto con Ana para la piedra y con agua no estaba dando resultado, oyeron las voces de nuestros padres: -¡estamos en casa!, si estáis arriba, que alguno baje para saber que estáis en vuestras habitaciones.- Dijo nuestra madre -. Jorge fue el primero en bajar pero con una camiseta recién estrenada del día de hoy tras romper su otra camiseta vieja y usada de tanto ponérsela.

Fue en decir lo sucedido a los dos que no tardaron en subir, en dejar las cosas en la habitación grande y en entrar en mi habitación, y nuestro padre fue quien decidió quedarse conmigo y con los dos mayores en mi habitación a hablar:

- ¡papá!,yo. Fue la primera impresión al verle.

- ¿Cómo la habéis encontrado? Jorge me lo ha dicho abajo. - preguntó nuestro padre, sentándose en la cama-

- Desnuda y desorientada, con cara pálida y en no saber donde está.

-Dijo mi hermano Jorge-

- Tiene algo en la tripa que se ilumina de color verde, parece una gema de color verde,- contestó Ana.-

- Vimos destellos que salían de su tripa, una luz verde y brillante y vimos cómo se movía -contestó Jorge-.

- ¡papá!, yo...yo...yo...no quería, me obligaron, lo siento -contesté yo-.

Nuestro padre le dijo a Jorge que llamara a Ana, que la iba a enseñarles a los tres como parar la piedra sin tener que usar el agua para nada, se encerraron los tres en mi habitación junto con nuestro padre, en ese momento César, mi hermano mayor, se me puso encima de mis piernas, y Jorge y Ana por los hombros para que no me moviera y parar la piedra:

- No voy a hacerte daño, sólo quiero aflojarte el pantalón vaquero, vamos hija te prometo que no voy a hacerte daño, sólo quiero saber dónde está situada esa piedra y tocar el contorno, nada más. Sentado al borde de la cama, dijo nuestro padre.

- Que uno de los dos se ponga encima de sus piernas, no quiero problemas. Volvió a decir nuestro padre.

Y saltó César de estar sujetándome los pies a sentarse encima de mí, y Jorge agarrándome los brazos, pero Ana lo tenía todo calculado y se

anticipó a la jugada; Jorge sólo tenía que ser un espectador y observar como voluntario y en cuclillas en mi cama observó cómo nuestro padre tocó el contorno, y no tenía puntas suerte para mí, que no lo tuviera; incluso me preguntó si había visto a la persona quien me lo había metido en la tripa.

- No lo sé, no le vi, estaba todo oscuro y lo único que resplandecía en la oscuridad era la gema, Oí el bastón que tenía, aparecieron dos hombres dispuestos a empotrarme contra la pared.

- ¿vistes a alguien más? - Indagó nuestro padre-.

Al tercer hombre tampoco, al que me arrancó los botones de la camisa, estaba bien sujeta por los dos hombres que me sujetaban en la pared los brazos, me metieron la piedra el señor del bastón me tiraron al suelo, y en cuanto quise darme cuenta ya no estaban.

¿Y es cuando vistes a los chicos aparecer? No. -Volvió a indagar otra vez nuestro padre. Respondí yo contestando con la cabeza un Sí-.

- Por una vez dice la verdad. -Saltó Ana a contestar-.

- Tengo miedo, ¿que va a pasar ahora conmigo? -Pregunté yo-.

- Papá, yo no quería, te lo juro, intenté soltarme pero esos hombres me tenían bien sujeta, me quería ir, pero no pude, intenté forcejear pero me era inútil. -Volví a contestar ya sudando en la cama-.

Ana estaba al lado y con su mano me apartaba el sudor, y me miró con toda normalidad y de un modo de hermana protectora me cogió de la mano y me dio un beso para decirme:

- No te preocupes, si estos do son quieren yo me iré contigo a donde sea y a donde haga falta. -Mirándome a la cara con seriedad-.

- Quiero hablar con todos ahora mismo, llamad a Alejandra y a vuestra madre os quiero a todos aquí en su habitación, ¡ya!

Vinieron todos a la llamada de nuestro padre, ya todos en mi habitación, nuestro padre fue el primero en hablar:

- Se tiene que ir, aquí no está a salvo, si alguno más tiene algo que decir, que lo diga ahora. -Volvió a hablar nuestro padre-.

- De eso nada, además todos somos sus cómplices la hemos ayudado. -Dijo Jorge-.

- ¿Desde cuándo nos llamas cómplices?, somos sus hermanos ¿estás tonto o qué?, hermanito no vuelvas a llamarnos cómplices, ni que ayudar a nuestra hermana fuera cometer un asesinato, valiente

gillipollez –dijo el hermano mayor.

- ¿Queréis tranquilizaros de una vez? -Saltó Ana-.

- Sabéis, me encantan las disputas familiares – entró en decir Alejandra-.

- Muy graciosa – saltó Jorge-.

- Qué rico el niño – volvió a decir Alejandra-.

- Tengo ganas de vomitar, quiero ir al baño, ¡buah! -Dije yo, pero no llegué vomité en mi habitación y a llorar-.

Y en ese momento no dije ni media palabra aparte de vomitar delante de mis hermanos. Al momento Ana se percató de la vomitona que le pidió a Alejandra una toalla del cuarto de baño la más grande, mientras que Jorge seguía remiendo contra mí.

- La llorica, cómo no. Ahora le tocaba a Jorge meterse conmigo.

- Ya vale, déjame en paz. Le contesté yo llorando.

- ¡Déjala!, Jorge, no ves que se encuentra mal por esa mierda de artefacto? No le hagas caso- dijo Ana sujetando la toalla por un lado y a mí por otro.

Esta vez nuestro padre le echó la bronca. Le indicó a nuestra madre y mi hermana Ana se encargaran de mí.

- Ya vale, Jorge, tu hermana no está bien, no vuelvas a decirlo.

- Sin duda - entró hablar nuestra madre.

Del mareo tuve que apoyar mi cabeza en el hombro de mi hermana, y de la vomitona ya había cesado, estaba claro que mis dos hermanos, tanto Ana como nuestro hermano mayor me iban a dejar sola y con ese estado de dolor y haber sacado líquido de la piedra por la boca, los dos fueron sensatos; pero todavía no había oído hablar a Jorge que seguía quejándose, pero el chico vio que iban en serio nuestros hermanos tras la movida era real, en ese momento llamaron a la puerta unas personas con capas negras, preguntaron por mí que si estaba en casa, que querían entrar y saber dónde estaba mi habitación, reaccionamos enseguida. Ana como pudo limpió la vomitona del suelo, yo como pude me vestí, y cogí corriendo la mochila, las llaves, la cartera del dinero y el móvil junto con la otra cartera de las tarjetas de crédito y saqué de mi caja de dinero todo el dinero que había y me metí en el armario a esconderme. Mis padres les entretuvieron bastante para hacer tiempo e incluso les intentaron engatusar en

invitarles a tomar algo por hacer algo más del tiempo previsto para que todo estuviera en orden y sin nadie en las habitaciones.

Las habitaciones estaban vacías, estaban todos en el armario conmigo, Jorge dentro dijo por lo bajito: -¿Esos hombres vienen a por ti?- me dijo en un susurro mi hermano Jorge-.

Rompí a llorar en silencio encima del hombre de mi hermana. Mientras registraban esos hombres las habitaciones no registraron los armarios por dentro, fue algo de suerte que no los abrieran, y se bajaron abajo, me empezó a dar pinchazos la piedra y a moverse, incluso que antes que vinieran a mi habitación empezó a iluminarse, había una camiseta tirada en el suelo del armario que Ana vio y le señaló al mayor que la cogiera para dársela, nuestro hermano mayor enseguida se percató y vio que empezaba a iluminarse, me recosté en el hombro de Ana y con motivo a su luz en mi tripa señaló su hombro para que me recostara. Con la otra camisa puesta en mi tripa y rezagada hacia ella entraron a ver mi habitación, mi madre intentó echarles con buenas composturas que accedieron amablemente a irse ya que vieron que no había nadie. Pero fue bastante convincente para que se quedara, Ana y los dos mayores ya dispuestos se quedaron todos en mi habitación, ya daba igual, estaban todos involucrados.

Oímos que se marchaban y que Jorge, y aparte Ana, vio que uno de ellos se tomaba un frasco con una etiqueta que ponía sangre, se aferró a mí que no me soltó, de ese mundo cuando salieron de la casa salimos del armario, y sin pensar mal por favor, que se pusieron a terminar de coger todo lo que iban a utilizar durante el viaje para esconderme de esos vampiros, como lo catalogaron mis hermanos.

Cuando salimos del escondite sin hacer ruido, los chicos se fueron a su habitación a coger lo más esencial; mientras que nuestra hermana pequeña hizo lo mismo; en su habitación, coger solo lo que iba a necesitar, estaba claro, estaban todos los hermanos estaban de acuerdo con ayudarme a deshacerme de esa piedra que tanto la molestaba en la tripa.

Era la oportunidad de salir de la casa a sabiendas que se habían ido, salimos todos de la casa, no me lo podía creer: uno de ellos se había escondido entre los dos coches y alertó a los que habían estado en la casa.

La cagamos, salimos corriendo ya que nos habían visto salir, cogimos el coche grande el cuatro por cuatro pero no arrancaba, así que seguimos corriendo colina arriba, era empinada y era todo campo y llano y unas bajadas que rapeando con los pies, se podían bajar hasta corriendo con la inerca, vimos una cueva y nos escondimos de ellos. Estuvimos un buen rato descansando, era la confesión más larga entre mi hermana la mayor y yo y de lo que había supuesto en ayudarme con este lío que les había metido, y no sabía cómo decírselo ni la oportunidad de decirlo que la quería y que sentía mucho todo.

Aparecieron de la nada, y casi nos iban alcanzando corrieron pero vimos un resquicio donde escondernos y así lo hicimos uno en uno iban entrando hasta que no hubo nadie dentro de ella. La piedra se me iluminó de la tripa y con respiración era entrecortada.

Uno de nuestros hermanos vio que no había nadie y salimos, mientras que salimos volvimos a correr, ya nos habían seguido con la mirada y se fueron detrás de nosotros y nos escondimos en un almacén muy poco abandonado, entraron y siguieron a cogernos, me rezagué del grupo y salí del almacén al descampado y me empezó a doler otra vez esta vez iba a más y a más hasta que empezó a iluminarse toda la sala, tuve una idea, nos separamos los chicos por un lado y las chicas por otro.

Los vampiros no sabían muy bien a quién seguir, pero hicieron lo mismo, se separaron, tres de ellos nos siguieron y el resto nos siguieron, me quedé un poco sola y asustada nos escondimos las tres en una sala tenía que esperar un poco a que se fueran para seguir escondida y salir sin que nos vieran, y eso fue lo que pasó.

Me empezó a doler y a molestar, era horroroso el dolor que tenía y la piedra de mi tripa iba haciendo de las suyas, la piedra estaba en un estado que no era el normal y yo estaba sudando muchísimo y no quería quitarme la ropa pero no me encontraba bien y empecé a creer que la piedra tenía efectos secundarios, que era eso, me incliné un poco y puse mi cabeza encima del hombre de mi hermana Ana, era una cuenta atrás se estaba consumiendo, algo iba a aparecer como no nos dimos cuenta y salimos corriendo nada más verme salir y mis dos hermanas salieron detrás de mí, tenía tal mara cara que quería salir del almacén y eso fue lo que hice. Afuera del almacén me encontraba

fatal y de la propia piedra salían los vómitos verdes que luego salían otra persona solidificados igual que yo, parecía un desdoblamiento, me miró con cara de asco y giró y, me empujó contra el suelo y luchamos las dos hasta el amanecer.

Intentaba de un empujón deshacerme de ella para desengancharme pero salimos rodando colina abajo, pero el amanecer me echó una mano y cuando salió el sol desvaneció y apareció virutas de carbón, cuando quise darme cuenta ya no estaba y aparecieron mis hermanas creyendo que no estaban aparecieron colina abajo y me vieron tirada y nada más levantarme aparecieron a mi lado para abrazarme, en ese momento aparecieron los mayores, los vampiros se habían carbonizado como la piedra que ya no estaba en mi tripa, me quedé sola con mi hermana y fue lo último que hicimos fue en pedimos perdón de todo incluida yo de lo sucedido.

la piedra mágica

texto adaptado a lectura fácil

Nada más salir de entrenar en aparatos de gimnasio subí a casa.
Era a mediados de agosto y cada vez oscurecía antes.
Mis hermanas estaban estudiando.

Antes de llegar a mi calle volví la cabeza.
Me pareció que alguien me seguía, pero no vi a nadie.
Horas más tarde tres hombres aparecieron ante mí de repente.
A saber de dónde salían.
Intenté darles esquinazo pero iban más rápidos que yo
No tuve tiempo de reaccionar, pues se me venían encima.

De un empujón me empotraron contra la pared.
Tuve que tirar la bolsa de deporte al suelo.
Oí a uno de ellos que me decía:
- Nos vas a ayudar, te guste o no-,
mientras me arrancaba los botones de la camisa y me la abría.

Los dos hombres me tenían bien sujeta.
Intenté forcejear para irme, pero no pude.
El otro hombre sostenía la gema en la mano derecha.
Con la izquierda le oía dar golpes secos,
como si llevara un bastón,
mientras sostenía la piedra con la otra mano
con intención de hundirla en mi tripa.

Cuando me dí cuenta ya no estaban.
No entendía nada.
Me quedé llorando en plena calle con la camisa abierta.
Entonces aparecieron mis hermanos mayores.
Los chicos se quedaron inmóviles
viendo el resplandor que desprendía la piedra en mi tripa.

Mis hermanos no se lo creían
que había algo en mí que se estaba moviendo.
No era ninguna broma.
Vieron mi cara de horror al darme cuenta de lo que pasaba.

Mi hermano mayor propuso llevarme a casa
para pensar con tranquilidad lo que íbamos a hacer.
Recogieron mi bolsa de deporte
y mi hermano menor cargó conmigo,
ayudado por nuestro hermano mayor.

Al entrar en casa gritaron para avisar a nuestras hermanas.
Sabían que las chicas estaban en casa.
Ellas salieron de las habitaciones
y se asomaron a la escalera para saber qué pasaba.

- ¡Tengo que estudiar! ¡Deja de gritar! - dijo Alejandra.
- ¡Ayuda! ¡Hablo en serio! ¡Como no ayudéis hablo con papá!

Las chicas bajaron escopetadas hasta el salón,
donde me habían llevado mis hermanos,
para ver qué demonios pasaba.

Estaba a punto de desmayarme.
Al verme con la camisa abierta y con mala cara,
Ana fue la primera en preguntar:
- ¿Cómo demonios la habéis encontrado así?
- No lo sé, no tengo ni idea. La hemos encontrado sola
con la camisa abierta y con mala cara.
Además, tiene algo en la tripa que se ilumina.

- No sabemos qué es- intervino mi segundo hermano.

Mi hermana Ana me tocó la cara y sacó sus conclusiones:
- Esto no me gusta nada... creo que tiene fiebre.
- Me la llevo arriba a su habitación- intervino Jorge.

- No me dejes, por favor - dije yo hablando entrecortadamente.
- No voy a dejarte, te lo juro.
- Voy a por el termómetro - dijo mi hermano mayor-
- Subidla mientras yo voy a por el termómetro- añadió.

Una hora más tarde, me había puesto el termómetro para saber la temperatura y lo había dejado en la mesa de trabajo de mi habitación.

Alejandra se había tumbado a mi lado.
Cogió el termómetro para ponérmelo otra vez.

Carlos, mi hermano menor, le dijo a Alejandra:

- Ya se lo he puesto yo
- ¿Y qué temperatura tenía?- preguntó Alejandra.
- 35 grados- respondió Carlos.
- Pues ahora tiene 40-

Algo empezó a moverse otra vez y a iluminarse en mi tripa.

Alejandra, que estaba ante mí, se asustó y chilló.

- Jorge sabía lo de la piedra y desde la puerta abierta de mi habitación vió que estaba iluminada de verde. Alertó a Carlos y a Ana:
- ¡Daos prisa!, la piedra ha vuelto a rotar en su tripa y Vero está delirando de dolor.
- No creo que lo soporte. Tiene 40 de fiebre. Ven a verlo Ana.
- Es alucinante, sobre todo su color.

Mis hermanos vieron el espectáculo de la piedra.

Lo peor era verme sufrir de dolor por la rotación, sin que mis hermanas pudieran hacer nada.

Ana reaccionó y pidió a Alejandra que se apartara para intentar pararlo.

Tenía que hacer algo y lo único que se le ocurrió fue el agua.

- ¡Agua fría o hielo, deprisa! Y trapos.
- Voy a parar este proceso ahora mismo.

- Moveos!, ¡Rápido! — dijo Ana

Los chicos empezaron a moverse.

Trajeron agua, pero no sabían dónde estaban los trapos ni el hielo.

Jorge tuvo una idea. Se quitó la camiseta

y se quedó a torso desnudo:

- No quiero utilizarla más. Haz trapos con ella.

Tengo dos nuevas sin estrenar - me dijo guiñándome el ojo.

Lo que realmente quería era enseñarme la “tableta de chocolate” como lo llama él. Presumir de que él también hacía deporte.

Que nuestra hermana menor, Ana, no era la única que hacía deporte.

Que los demás de la familia también estábamos en el mundo del deporte y nuestro hermano mayor era monitor de alpinismo y hacía escalada.

- Ponte algo, así no te quiero ver.

Y deja de fardar de cuerpo favorito... Ya sé que vas al gimnasio y que eres escalador - dijo Ana

Mareada y delirando dije:

- Déjale, si voy a morir igual, aunque le vea medio desnudo.

- Tú qué dices! Estás tonta. Deja de decir esas gilipolleces - protestó Ana.

Yo estaba a punto de quedarme inconsciente, pero mis hermanos lo impidieron.

Entonces llegaron nuestros padres a casa.

Desde mi habitación oímos el ruido de las llaves al abrirse la puerta.

Los chicos y Ana intentaban parar la piedra con agua.

Pero no estaba dando resultado.

Oímos las voces de nuestros padres:

- ¡Estamos en casa! Si estáis arriba, que alguno baje para saber que estáis en vuestras habitaciones.

Jorge fue el primero en bajar,
con una camiseta recién estrenada,
tras romper su otra camiseta vieja y usada.

Les contó lo sucedido a nuestros padres
que subieron después de dejar las cosas
en la habitación grande.

Entraron en mi habitación
y nuestro padre decidió quedarse conmigo
y con los dos mayores para hablar.

- ¡Papá!, exclamé al verle.

- ¿Os la habéis encontrado? - preguntó nuestro padre,
sentándose en la cama.

- Con la camisa abierta y desorientada, con cara pálida
y de no saber donde estaba –dijo mi hermano Jorge.

- Tiene algo en la tripa de color verde, que se ilumina.
Parece una gema de color verde –dijo Ana.

- Vimos destellos que salían de su tripa,
una luz verde y brillante que se movía - añadió Jorge.

- Papá!, yo...yo...yo...no quería, me obligaron, lo siento - dije yo.

Nuestro padre nos dijo que iba a enseñarnos
cómo parar la piedra

sin tener que usar el agua para nada.

Nos encerramos en mi habitación.

César, mi hermano mayor, se puso sobre de mis piernas.

Jorge y Ana me sujetaron para que no me moviera
y poder parar la piedra.

- No voy a hacerte daño - me aseguró mi padre.

Sólo quiero aflojarte el pantalón vaquero.
Vamos hija, te prometo que no voy a hacerte daño.
Sólo quiero saber dónde está esa piedra y tocar su contorno.

Nuestro padre tocó el contorno de la gema en mi tripa.
Por suerte para mí no era puntiaguda.
Me preguntó si había visto a la persona
que me lo había metido en la tripa.

- No lo sé, no le vi. Estaba todo oscuro.
Lo único que resplandecía en la oscuridad era la gema.
Oí el ruido de su bastón y aparecieron dos hombres
que me empotraron contra la pared.

- ¿Viste a alguien más? - indagó nuestro padre-.
- Había un tercer hombre, pero tampoco lo ví.
Fue el que me arrancó los botones de la camisa,
mientras los dos hombres me sujetaban por los brazos
contra la pared.
El señor del bastón me metió la piedra.
Después me tiraron al suelo y desaparecieron enseguida.

- ¿Y entonces aparecieron los chicos? - preguntó nuestro padre.
Respondí que sí con un movimiento de la cabeza.
- Por una vez dice la verdad - saltó Ana a contestar.
- Tengo miedo. ¿Qué me va a pasar ahora? - pregunté.
Papá, yo no quería, te lo juro.
Intenté soltarme, pero esos hombres me tenían bien sujeta.
Me quería ir, pero no pude.
Forcejeé pero era inútil - insistí ya sudando en la cama.

Ana estaba al lado y con su mano me secaba el sudor.
Me miró con naturalidad.
Me cogió la mano de un modo de hermana protectora
y me dio un beso mientras me decía,
mirándome a la cara con serenidad:

- No te preocupes, si estos dos quieren, yo me iré contigo a donde sea y a donde haga falta.
- Quiero hablar con todos ahora mismo. Llamad a Alejandra y a vuestra madre. Os quiero a todos aquí, en su habitación, ¡ya! - ordenó mi padre-

Todos vinieron a la llamada de nuestro padre.
Cuando ya estaban en mi habitación, nuestro padre fue el primero en hablar:

- Se tiene que ir, aquí no está a salvo.
Si alguno más tiene algo que decir, que lo diga ahora.
- Haremos lo que sea. Todos somos sus cómplices.
La hemos ayudado - dijo Jorge.

- Desde cuándo nos llamas cómplices?
Somos sus hermanos ¿Estás tonto o qué?
Hermanito no vuelvas a llamarnos cómplices.
Ni que ayudar a nuestra hermana fuera cometer un asesinato.
Valiente gilipollez - dijo César, el hermano mayor.

- ¿Queréis tranquilizaros de una vez? - saltó Ana -
- Sabéis, me encantan las disputas familiares - añadió
- Muy graciosa - saltó Jorge.
- ¡Qué rico el niño! - exclamó Alejandra.
- Tengo ganas de vomitar, quiero ir al baño, ¡buah! - dije yo.

Pero no llegué a tiempo.
Vomitó en mi habitación y me puse a llorar. .
Ana se percató de la vomitona
y le pidió a Alejandra una toalla del cuarto de baño,
la más grande.

Mientras, Jorge se seguía metiendo conmigo:
- La llorica, cómo no.
- Ya vale, déjame en paz - le dije, llorando.

- ¡Déjala, Jorge! No ves que se encuentra mal por culpa de esa mierda de artefacto?
- No le hagas caso - dijo Ana, sujetando la toalla por un lado y a mí por otro.

Esta vez nuestro padre le echó la bronca a Jorge y le indicó a nuestra madre y a mi hermana Ana que se encargaran de mí.

- Ya vale, Jorge. Tu hermana no está bien, no vuelvas a llamarla llórica.
- Tienes toda la razón - dijo nuestra madre.

Estaba tan mareada que tuve que apoyar mi cabeza en el hombro de mi hermana.
La vomitona ya había cesado.

Estaba claro que Ana y nuestro hermano mayor no me iban a dejar sola con ese dolor y después de sacar líquido de la piedra por la boca. Los dos fueron sensatos.

Pero todavía no había oído hablar a Jorge, que seguía quejándose.
Pero vio que nuestros hermanos iban en serio.

En ese momento llamaron a la puerta.
Eran unas personas con capas negras.
Preguntaron si yo estaba en casa.
Querían entrar y saber dónde estaba mi habitación.
Reaccionamos enseguida.
Ana limpió la vomitona del suelo y yo me vestí como pude, cogí a toda prisa la mochila, las llaves, la cartera del dinero y la de las tarjetas de crédito y el móvil. Saqué de mi caja todo el dinero que había y me escondí en el armario.
Mis padres entretuvieron a aquellos hombres.

Intentaron engatusarles,
invitándoles a tomar algo para ganar tiempo,
hasta que todo estuviera en orden
y todos nos hubiéramos escondido.

Las habitaciones quedaron vacías.
Estaban todos en el armario conmigo.
Jorge, dentro, me preguntó, en un susurro: -
- ¿Esos hombres vienen a por ti?

Rompí a llorar en silencio, sobre el hombro de mi hermana.
Los hombres registraron las habitaciones,
pero no miraron dentro de los armarios.
Tuvimos suerte de que no los abrieran.
La piedra empezó a darme pinchazos y a moverse.
Se iluminó.

Entonces los hombres entraron en mi habitación.
Mi madre intentó echarles con buenas maneras
y accedieron a irse al ver que no había nadie.
Jorge entreabrió la puerta del armario
y vio que uno de los hombres bebía de un frasco
con una etiqueta que ponía "sangre".
Se aferró a mí, aterrorizado.

Cuando salieron de la casa salimos del armario sin hacer ruido.
Mis hermanos y hermanas fueron a sus habitaciones,
a recoger lo que íbamos a utilizar durante el viaje
para huir de esos vampiros, como los definieron mis hermanos.
Todos querían ayudarme
a deshacerme de la piedra que tanto me molestaba en la tripa.

Ahora que aquellos hombres se habían ido, podíamos salir de casa.
Salimos todos, pero entonces ví que uno de ellos
se había escondido entre dos coches y alertó a los demás.
La cagamos, pensamos.

Echamos a correr, porque ya nos habían visto salir
y nos perseguían.
Nos metimos en el coche grande, el cuatro por cuatro,
pero no arrancaba.
Así que echamos a correr, colina arriba, en mitad del campo.
La pendiente era muy empinada.

En las bajadas, rapeando con los pies,
bajábamos muy deprisa, por la inercia de la pendiente.
Vimos una cueva y nos escondimos.
Estuvimos un buen rato descansando.
Tuve una larga conversación con mi hermana menor.
Le dije lo mucho que les agradecía
que me ayudaran en este lío en el que les había metido.
No sabía cómo darle las gracias a mi hermana
y decirle que la quería
y que sentía mucho todo lo que estaba pasando.

Entonces, aparecieron otra vez los vampiros,
como salidos de la nada.
Entraron en la cueva, pero encontramos un resquicio
donde pudimos escondernos.
No nos vieron y fueron saliendo todos.
La piedra se me iluminó dentro de la tripa.
Se me entrecortó la respiración.

Salimos y volvimos a correr.
Nos vieron y se fueron detrás de nosotros.
Nos escondimos en un almacén abandonado.
Entraron e intentaron cogernos.
Me rezagué del grupo y salí del almacén al descampado.
Me empezó a doler otra vez.
Esta vez el dolor iba a más y a más.

Tuve una idea. Nos separamos: los chicos por un lado
y las chicas por otro.

Los vampiros no sabían muy bien a quién seguir,
pero también ellos se separaron.
Tres siguieron a las chicas y el resto a los chicos.

Me quedé un poco sola y asustada.
Nos escondimos las tres en una sala
a esperar que se fueran para salir sin que nos vieran.
Y así lo hicimos.

Me empezó a doler y a molestar.
Era horroroso el dolor que tenía.
La piedra de mi tripa iba haciendo de las suyas.
Yo estaba sudando muchísimo.
No quería quitarme la ropa pero no me encontraba bien.
Empecé a creer que la piedra tenía efectos secundarios.
Me incliné un poco y puse mi cabeza
encima del hombro de mi hermana Ana.

De la propia piedra salían los vómitos verdes,
que luego salían solidificados
de otra persona que era igual que yo.
Parecía un desdoblamiento.
Me miró con cara de asco,
me empujó contra el suelo
y luchamos las dos hasta el amanecer.

Intenté deshacerme de ella de un empujón
pero salimos rodando colina abajo.
El amanecer me ayudó.
Cuando salió el sol se desvaneció
y se convirtió en virutas de carbón.
Cuando me di cuenta ya no estaba.
Entonces aparecieron mis hermanas.
Me vieron tirada y nada más levantarme me abrazaron.
En este momento aparecieron los mayores.
Los vampiros se habían carbonizado como la piedra

que ya no estaba en mi tripa.

Me quedé sola con mi hermana.

Lo último que hicimos fue pedirnos perdón por todo lo sucedido.

**narrativa
grupala**

el cangrejo mala uva





Cangrejo:

Soy un cangrejo de mar. Mido 3 cm y tengo 4 años. Así que soy un poco viejo. Me gustan los crustáceos y los peces, pero sobre todo los bocatas de chorizo que me zampo en un pis pas.

Además, cambio de color: paso del marrón al verde y, del rojo al gris. Sí, qué pasa y además tengo muy mal genio y soy casi mejor caminando que andando.

Es verano y como la playa está llena, no puedo tumbarme, no puedo bostezar, no puedo cantar... no puedo hacer nada. ¡Jolín cuándo terminará el verano!.

Encima soy el narrador de esta historia. Ya es lo que me faltaba. Una historia de familia que viene a la playa con sus niños de vacaciones y como son tan malos los llaman Rasputines, pero yo prefiero llamarles Bony and Clyde. Es más moderno.



La historia comienza con un padre y una madre, es decir, Toribio y Enriqueta, los dos niños que son un dolor, que ya he dicho que se llaman Bony and Clyde, y para colmo.... ¡un perro!, pequeño, lanudo y viejo que dicen que es Zacarías.

Como buena historia de playa tenemos los guaperas y una pareja de amigos muy fina.

Comienza la historia:

Enriqueta: ¡Niñoosooooos, estaos quietos!

Toribio: Bony, estate quieta, Clyde, ven para acá.

Bony: No me pegues, no me pegues, Clyde. Déjame pe-sa-do.



Clyde: Yo quiero un batido mamá.

Bony: Y yo quiero una Coca Cola.

Toribio: ¡Callaooooos!

Cangrejo: Bueno la historia de siempre.

Como todos los cangrejos me gusta comer, pero lo que más me gusta es pellizcar. Así que veo como Enriqueta se tumba al sol. Acuden Bony and Clyde y van echando encima arena y arena, hasta que la pobre queda enterrada, pero ni se entera. Se ha quedado dormida.



En la playa tenemos otros personajes, como esta pareja de amigos llamados Paulina y Bartolo, dos personas que se pasan el día hablando de “sus cosas”.

Paulina: Échame crema, Bartolo.

Bartolo: Espera.

Paulina: ¡Que me eches crema!

Bartolo: ¡Qué pesada eres! No ves que estoy escuchando música.

Cangrejo: ¡Ay!, se me olvidaba, otros personajes que siempre hay en una playa son los guaperas. No paran de moverse y de marear al personal. Los nuestros los llamaremos Narciso y Apolodoro.



Narciso: Venga, Apo, que hay que estar en forma, majete.

Apolodoro: Ya me estoy cansando un poquito.

Cangrejo: Miro a Zacarías que no se mueve. Está quieto observando la bolsa con las orejas levantadas.

Zacarías: ¡Me lo comería todo entero! Rico, rico (oliendo la bolsa) ¡Me la comería toda entera!

Cangrejo: La madre cuando ve a Zacarías comiéndose la comida, grita como una descosida.

Madre: ¡Socorro!



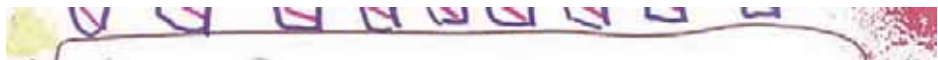
Cangrejo: El pobre padre que estaba en el chiringuito tomándose una cerveza, sale gritando.

Padre: Vooooooooooooooooooy, Enriqueta.

Cangrejo: Mientras tanto Zacarías se relame de gusto.

Zacarías: ¡Me he quedado nuevo!

Cangrejo: Los niños que estaban bañándose, salen corriendo a ver quién se ha muerto de un infarto. Y mientras esto ocurre llego a los muslos de Enriqueta y cuando estoy a la altura del estómago, que siempre está más blandito, cojo y le arreo un pellizco estupendo.



Ahora vuelve a gritar.

Enriqueta: ¡Socorro!

Cangrejo: Pero nadie le hace caso porque tanto gritar no sirve para nada.

FIN



el cangrejo mala uva

texto adaptado a lectura fácil

Cangrejo:

Soy un cangrejo de mar.

Mido 3 cm y tengo cuatro años.

Así que soy un poco viejo.

Me gustan los crustáceos y los peces,
pero sobre todo los bocatas de chorizo,
que me zampo en un pis pas.

Además, cambio de color:

paso del marrón al verde y del rojo al gris.

Sí, ¿y qué pasa?

Y además tengo muy mal genio

y soy casi mejor caminando que nadando.

Es verano, como la playa está llena,
no puedo tumbarme, no puedo bostezar,
no puedo cantar, ... no puedo hacer nada.
¡Jolín cuándo terminará el verano!

Encima soy el narrador de esta historia.

Ya es lo que me faltaba.

La historia de una familia que viene de vacaciones a la playa
con sus niños y como son tan malos,
los llaman Rasputines.

Pero yo prefiero llamarles Bonnie and Clyde. Es más moderno.

La historia comienza con un padre y una madre,
es decir, Toribio y Enriqueta, sus dos niños que son un dolor,
que ya he dicho que se llaman Bonnie and Clyde,
y para colmo... ¡un perro!, pequeño, lanudo y viejo.
Dicen que se llama Zacarías.

Como buena historia de playa
tenemos a los guaperas y a una pareja de amigos muy fina.

COMIENZA LA HISTORIA:

Enriqueta: -¡Niñoosooooos, estaos quietos!

Toribio: - Bonnie estate quieta. Clyde, ven para acá.

Bonnie: No me pegues, no me pegues, Clyde. Déjame pe-sa-do

- Clyde: Yo quiero un batido mamá.

- Bonnie: Y yo quiero una Coca-Cola.

- Toribio: ¡Callaos!

Cangrejo:

Bueno la historia de siempre.

Como todos los cangrejos me gusta comer,
pero lo que más me gusta es pellizcar.

Así que veo como Enriqueta se tumba al sol.

Acuden Bony and Clyde y van echando encima arena y arena,
hasta que la pobre queda enterrada, pero ni se entera.

Se ha quedado dormida.

En la playa tenemos otros dos personajes,
como esta pareja de amigos llamados Paulina y Bartolo,
dos personas que se pasan el día hablando de “sus cosas”.

- Paulina: Échame crema, Bartolo.

- Bartolo: Espera.

- Paulina: ¡Que me eches crema!.

- Bartolo: ¡Que pesada eres! ¿No ves que estoy escuchando
música?

Cangrejo:

¡Ay! se me olvidaba. Otros personajes
que siempre hay en una playa
son los guaperas.

No paran de moverse y de marear al personal.

A los nuestros los llamaremos Narciso y Apolodoro.

- Narciso: Venga, Apo, que hay que estar en forma, majete.

- Apolodoro: Ya me estoy cansando un poquito.

Cangrejo:

Miro a Zacarías que no se mueve. Está quieto observando la bolsa con las orejas levantadas.

- Zacarías: ¡Me lo comería todo entero! Rico, rico (oliendo la bolsa)
¡Me la comería toda entera!.

Cangrejo:

La madre, cuando ve a Zacarías comiéndose la comida, grita como una descosida.

- Madre: ¡Socorro!

Cangrejo:

El pobre padre que estaba en el chiringuito tomándose una cerveza, sale gritando.

- Padre: Voooooooooooooooooy, Enriqueta.

Cangrejo:

Mientras tanto Zacarías se relame de gusto.

- Zacarías: ¡Me he quedado nuevo!

Cangrejo:

Los niños, que están bañándose, salen corriendo a ver quién se ha muerto de un infarto.

Y mientras esto ocurre llego a los muslos de Enriqueta y cuando estoy a la altura del estómago, que siempre está más blandito, cojo y le arreo un pellizco estupendo.

Ahora vuelve a gritar.

- Enriqueta: ¡Socorro!

Cangrejo:

Pero nadie le hace caso porque tanto grita no sirve para nada.

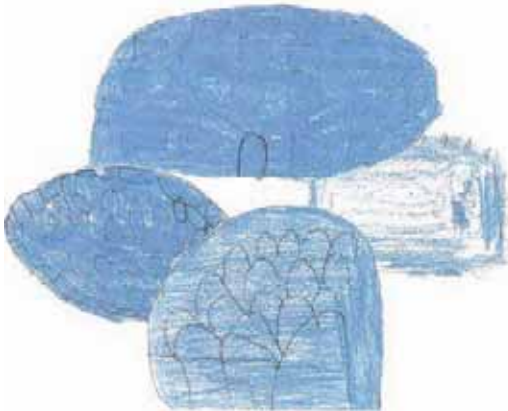
FIN

los duendes frioleros

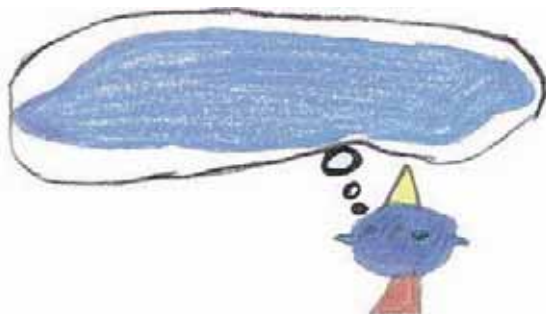
Había una vez unos duendes que eran pequeños y de color azul. Sus orejas eran largas y en punta y tenían los ojos grandes. Eran flacos pero fuertes. Iban vestidos con un pantalón largo de color negro, unas botas altas y un jersey marrón.



Los duendes eran trabajadores, buenos, listos pero también eran un poco despistados y miedosos. Les gustaba jugar y contar historias y siempre estaban bailando. Vivían en una casa de hielo en el Polo Norte, que se llamaba iglú, no tenía ventanas, solo una puerta y era muy fría. Pero no les gustaba vivir allí porque hacía mucho frío y no podían jugar en la calle, por eso bailaban dentro de las casas, para entrar en calor.



Un día a un duende que se llamaba Pepe, que era un duende valiente, se le ocurrió hacer un baile, porque querían vivir en un sitio donde hiciera más calor... en las nubes.



Casi todos pensaban que Pepe estaba un poco loco, sin embargo, como querían vivir en un sitio donde hiciera más calor le ayudaron. Entonces a Pepe se le ocurrió hacer un baile mágico para poder subir hasta ellas y montar ahí su país.



Para hacer el baile tenían que buscar una radio y un enchufe. También una canción muy movida como si hubiera tormenta en las nubes. Y para hacer el baile necesitaban una bolsa llena de globos y otra llena de aire. Pepe, formó grupos de diez para buscar las cosas, el primer grupo fue a buscar la radio y el enchufe por el monte, se

encontraron la casa de Papa Noel y les regaló una radio con PILAS!!! para que no tuvieran que buscar un enchufe. El segundo grupo fue a buscar la música, para ello emprendieron un largo viaje lejos del Polo Norte y llegaron a un teatro donde había músicos, que les compusieron una canción para el baile. Y el tercer grupo fue a buscar bolsas y globos al país de al lado, donde se celebraban los juegos paralímpicos de invierno y allí encontraron muchos globos y bolsas gigantes de aire que habían utilizado para la fiesta de inauguración.



Por fin después de todos estos problemillas tenían todo lo necesario para bailar, entonces empezaron a ensayar. En el baile, los duendes se escondían en las bolsas y se les veían los pies. Cuando llegó el día del baile todos estaban preparados, entonces la música, los globos y la radio mágica de Papa Noel, hizo que todos los duendes volaran hacia las nubes. Desde ese momento los duendes empezaron a construir su nuevo país. Aquí podían jugar en las calles sin tener que abrigarse tanto... y COLORÍN, COLORADO, ESTE CUENTO SE HA ACABADO.

los duendes frioleros

texto adaptado a lectura fácil

Había una vez unos duendes que eran pequeños y de color azul.
Sus orejas eran largas y en punta y tenían los ojos grandes.
Eran flacos, pero fuertes.
Iban vestidos con un pantalón largo de color negro,
unas botas altas y un jersey marrón.

Los duendes eran trabajadores, buenos, listos,
pero también eran un poco despistados y miedosos.
Les gustaba jugar y contar historias
y siempre estaban bailando.

Vivían en el Polo Norte,
en una casa de hielo, que se llamaba Iglú.
No tenía ventanas, sólo una puerta. Era muy fría.
Pero no les gustaba vivir allí porque hacía mucho frío
y no podían jugar en la calle.
Por eso bailaban dentro de las casas, para entrar en calor.

Un día, a un duende que se llamaba Pepe,
que era un duende valiente, se le ocurrió organizar un baile,
porque quería vivir en un sitio
donde hiciera más calor... en las nubes.

Casi todos pensaban que Pepe estaba un poco loco.
Sin embargo, le ayudaron porque todos querían vivir
en un sitio donde hiciera más calor.
Pepe quería hacer un baile mágico
para poder subir hasta las nubes y montar ahí su país.

Para hacer el baile tenían que buscar una radio y un enchufe.
Y encontrar también una canción muy movida,
como si hubiera tormenta en las nubes.

Y para hacer el baile necesitaban una bolsa llena de globos y otra llena de aire.

Pepe formó grupos de 10 para buscar las cosas.

El primer grupo fue a buscar la radio y el enchufe por el monte. Encontraron la casa de Papá Noel, que les regaló una radio con PILAS!!! para que no tuvieran que buscar un enchufe.

El segundo grupo fue a buscar la música. Para ello emprendieron un largo viaje lejos del Polo Norte y llegaron a un teatro donde había músicos, que les compusieron una canción para el baile

Y el tercer grupo fue a buscar bolsas y globos al país de al lado, donde se celebraban los juegos paralímpicos de invierno. Allí se encontraron muchos globos y bolsas de aire gigantes, que habían utilizado para la fiesta de inauguración.

Por fin, después de solucionar todos estos problemillas, tenían todo lo necesario para bailar. Entonces empezaron a ensayar.

En el baile, los duendes se escondían en las bolsas y se les veían los pies. Cuando llegó el día del baile, todos estaban preparados. Entonces la música, los globos y la radio mágica de Papá Noel hicieron que todos los duendes volaran hacia las nubes.

Desde ese momento, los duendes empezaron a construir su nuevo país. En él podían jugar en las calles sin tener que abrigarse tanto... y COLORÍN, COLORADO, ESTE CUENTO SE HA ACABADO.

el pastelero ratero

Érase una vez en una pequeña ciudad llamada Villacampos, había un confitero que vendía unos dulces de hojaldre muy ricos. Tanto niños como mayores iban a comprar sus dulces y se chupaban los dedos. También venían muchos turistas y gente de otras ciudades, pueblos y países para comprar y probar sus ricos dulces de hojaldre con nata y chocolate.

Este pueblo era muy pequeño y sus habitantes se quejaban continuamente porque no tenía cine, ni teatro, ni parques ni piscina municipal... no tenía nada de diversión ni entretenimiento.

Una vez, un escultor muy famoso de Francia fue al pueblo y todo el mundo le decía que tenía que probar el hojaldre del confitero Emilio. Fue a la pastelería y probó los dulces. Le gustó tanto que decidió hacerle una estatua, un gran monumento al confitero Emilio.

Iban muchos turistas a verlo y decían: ¡qué escultura más linda! ¿quién la habrá hecho?

A Emilio le hicieron también un museo con toda la maquinaria que utilizaba para hacer el hojaldre, los ingredientes que utilizaba y de donde salía cada uno de ellos, las recetas de pastelería, fotos antiguas de la primera confitería que tuvo Emilio, fotos de cuando Emilio hizo sus primeros pasteles de hojaldre, de los famosos que han estado en su confitería con autógrafos.

Un día lo llamaron también de un programa de cocina para que fuera a explicar la receta de sus pasteles. Fue a la televisión con todos los materiales e hizo una maravillosa presentación. Enseñó los ingredientes y utensilios de cocina que necesitaba, pero el ingrediente fundamental que decía que llevaba su hojaldre era hacer el trabajo con cariño.

A partir de ahí su nombre, su confitería, sus dulces y la estatua del pueblo empezaron a salir también en Internet. Todo el mundo lo conocía como: "Emilio el del Hojaldre".

Pero un día tuvo un problema en la confitería. Cuando llegó una mañana se dio cuenta de que le habían robado la receta del hojaldre. Toda la confitería estaba destrozada. Le habían roto sus materiales y

le habían quitado sus ingredientes.

Emilio llamó a la policía del pueblo y vino rápidamente. Estaban asustados y no sabían quiénes eran los ladrones. Emilio preguntó a todos los que vivían en el pueblo por si habían visto a alguien entrar en la confitería. Al cabo del tiempo, salió en el periódico del pueblo que el ladrón estaba en la cárcel. El ladrón era un compañero de Emilio que también era pastelero y le quería quitar la receta.

Emilio fue a verlo a la cárcel y le dijo que antes que robar, él habría compartido la receta con su compañero, que podían compartir la fama de los buenos pasteles.

el pastelero ratero

texto adaptado a lectura fácil

Érase una vez en una pequeña ciudad llamada Villacampos. En ella vivía un confitero que vendía unos dulces de hojaldre muy ricos. Tanto niños como mayores le compraban sus dulces y se chupaban los dedos de lo buenos que eran.

También venían muchos turistas y gente de otras ciudades, pueblos y países, para comprar y probar sus ricos dulces de hojaldre con nata y chocolate.

Este pueblo era muy pequeño y sus habitantes se quejaban continuamente porque no tenía cine, ni teatro, ni piscina municipal ni parques... no tenía nada de diversión ni entretenimiento.

Una vez, un escultor muy famoso de Francia llegó al pueblo y todo el mundo le decía que probara el hojaldre del confitero Emilio. Fue a la pastelería y probó los dulces. Le gustaron tanto, que decidió hacerle una estatua, un gran monumento al confitero Emilio.

Iban muchos turistas a verla y decían:
- ¡Qué escultura más linda! ¿Quién la habrá hecho?

A Emilio le hicieron también un museo en el que pusieron toda la maquinaria y los ingredientes que utilizaba para hacer el hojaldre.

Indicaron de dónde salía cada uno de ellos, las recetas de pastelería, fotos antiguas de la primera confitería que tuvo Emilio,

fotos de cuando Emilio hizo sus primeros pasteles de hojaldre, de los famosos que habían estado en su confitería, con los autógrafos que le habían firmado.

Un día lo llamaron también de un programa de cocina para que fuera a explicar la receta de sus pasteles. Fue a la televisión con todos los materiales e hizo una maravillosa presentación.

Enseñó los ingredientes y utensilios de cocina que necesitaba, pero él decía que el ingrediente fundamental de su hojaldre era hacer el trabajo con cariño.

A partir de ahí su nombre, su confitería, sus dulces y la estatua del pueblo empezaron a salir también en Internet. Todo el mundo lo conocía como: “Emilio el del Hojaldre”.

Pero un día tuvo un problema en la confitería. Cuando llegó por la mañana, se dio cuenta de que le habían robado la receta del hojaldre. Toda la confitería estaba destrozada. Le habían roto sus materiales y le habían quitado sus ingredientes.

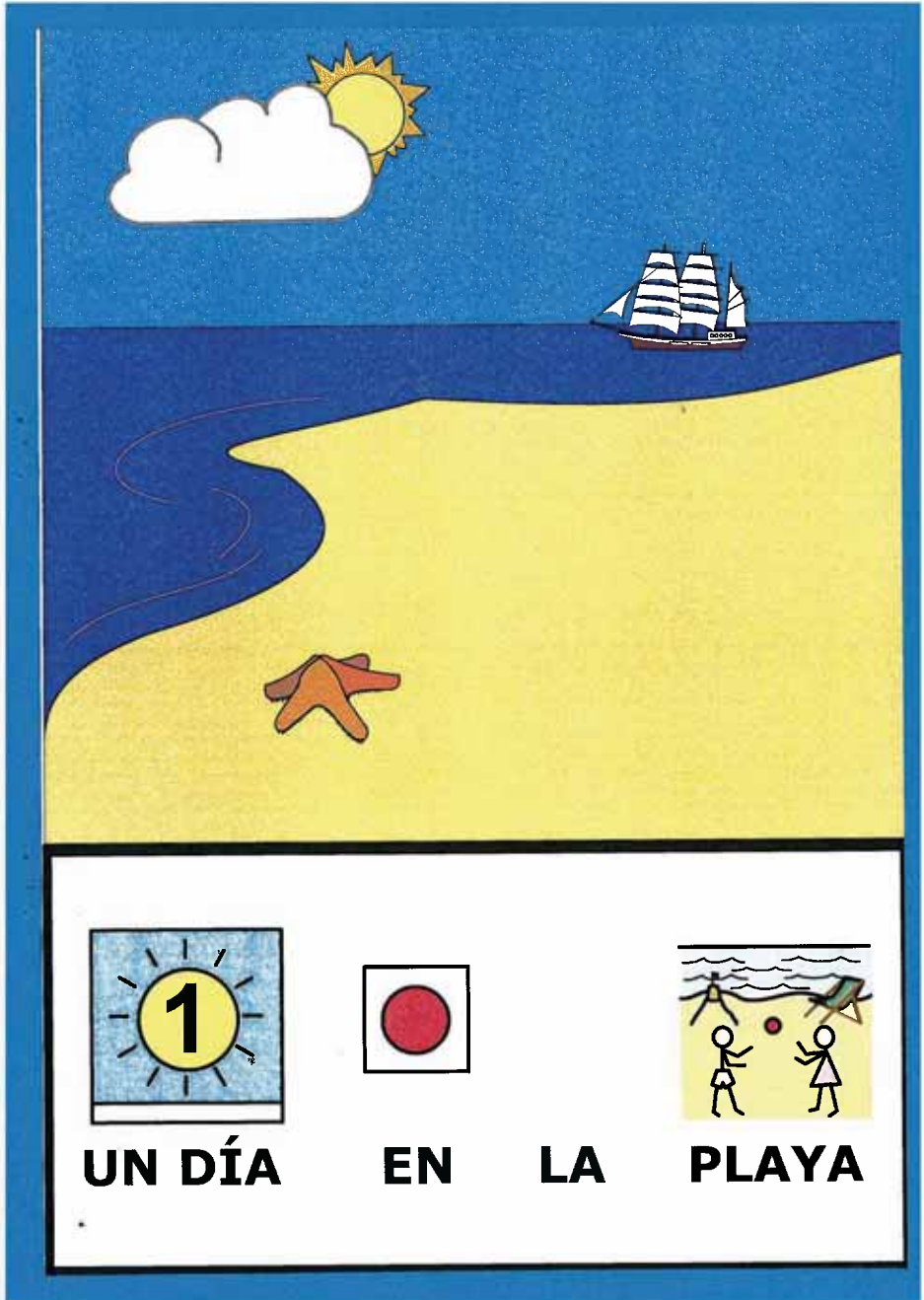
Emilio llamó a la policía del pueblo, que vino rápidamente. Estaba asustado. Nadie sabía quiénes eran los ladrones.

Emilio preguntó a todos los que vivían en el pueblo, por si habían visto a alguien entrar en la confitería.

Al cabo del tiempo, salió en el periódico del pueblo que el ladrón estaba en la cárcel. El ladrón era un compañero de Emilio, que también era pastelero y le quería robar la receta.

Emilio fue a ver a su compañero a la cárcel y le dijo que habría compartido la receta con él, que no tenía por qué habérsela robado. A Emilio no le importaba compartir con él la fama de los buenos pasteles.

un día en la playa














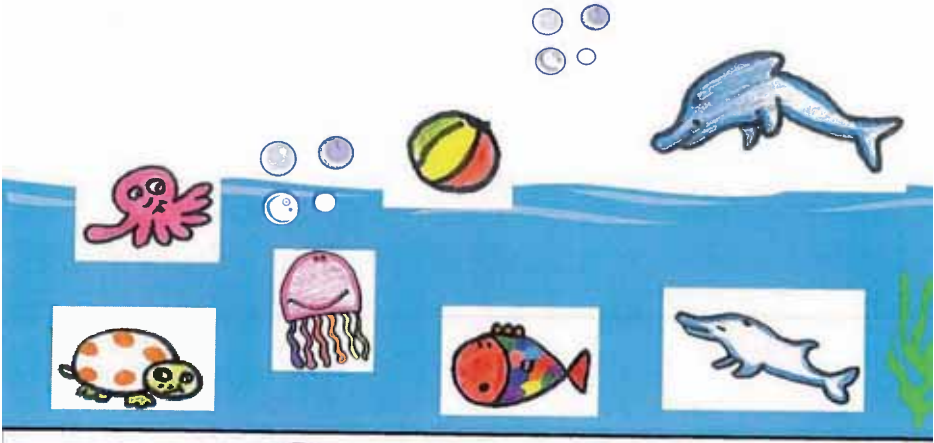
Raúl lanza la pelota muy lejos





La pelota cae al fondo del mar



Los

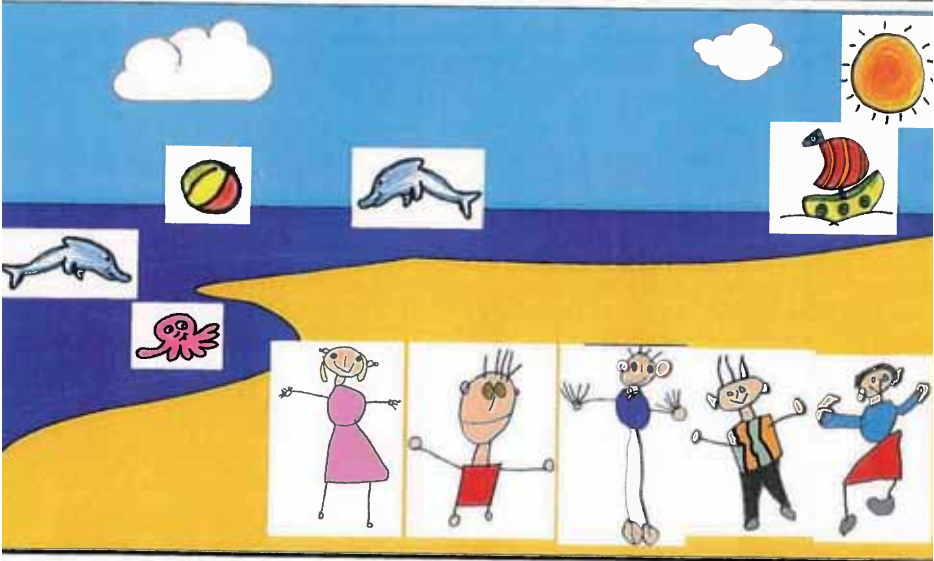


animales

juegan

con

ella



Están



asustados,



ven

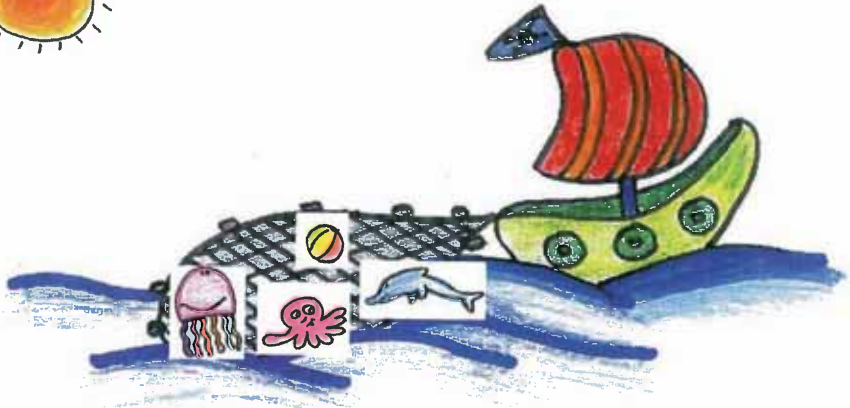
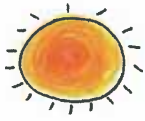
un



barco pirata



a lo leios



++



Los

piratas

secuestran

a los

animales



Raúl,



Roberto,



Gabriela,



Marina

y



Manuel



se suben



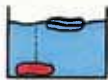
a la



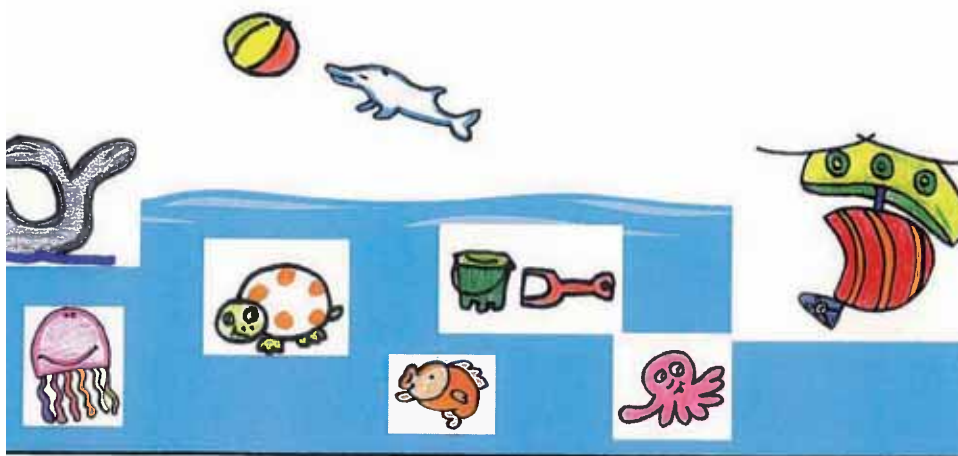
reina



Ballena.



Con su cola hunde el barco.



y



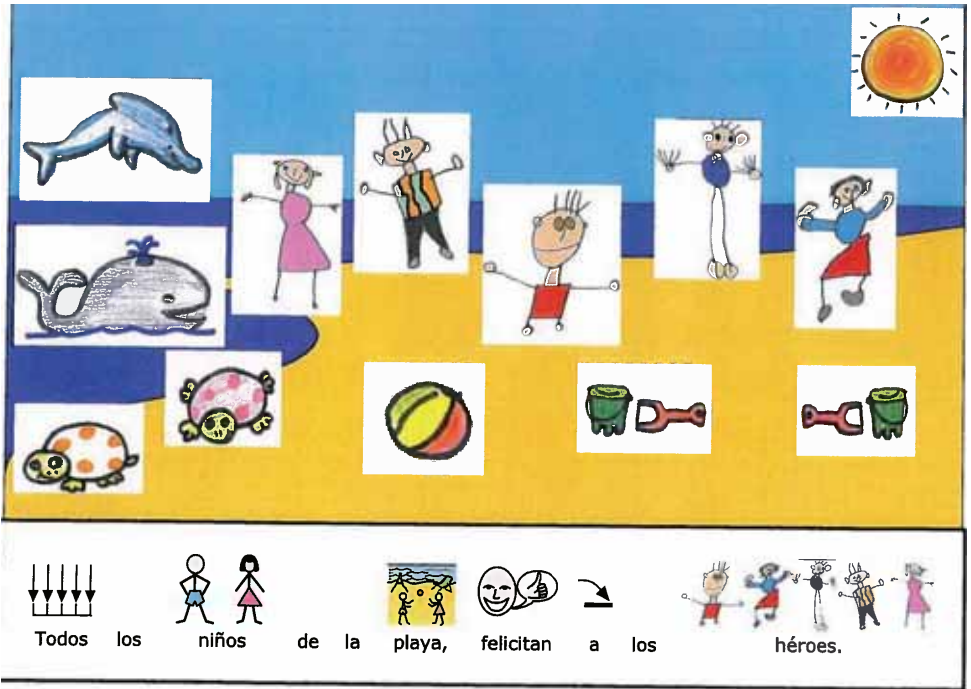
Recuperan todos sus

juguetes

y los de

otros

niños



Todos

los



niños

de la



playa,



felicitan



a los



héroes.

**otros formatos
individual**

amigos



Tengo un grupo los sábados...



Salgo a cenar...



...voy al cine...



...comemos pizza...



...juego a los bolos...



...bailamos...



...bebemos coca-cola...

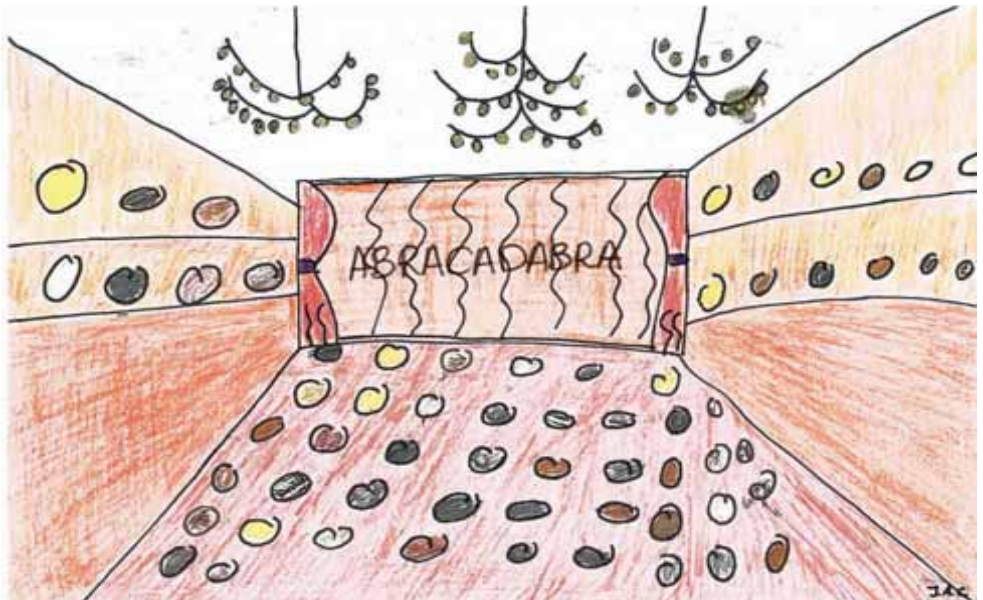


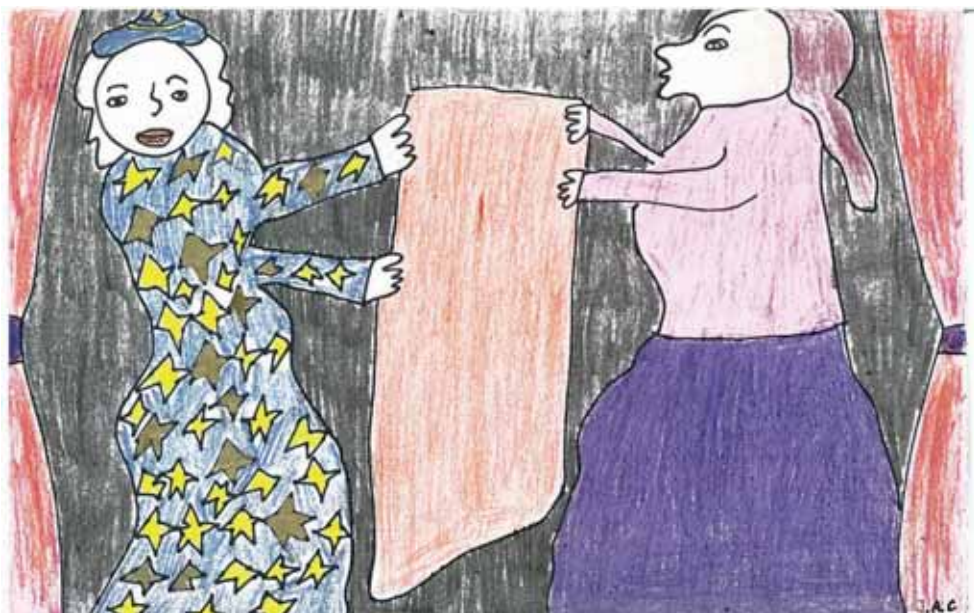
...nos damos un beso...



...hasta el sábado siguiente...

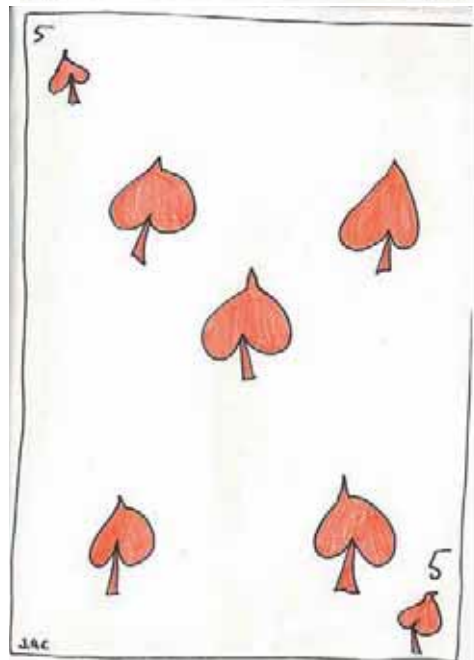
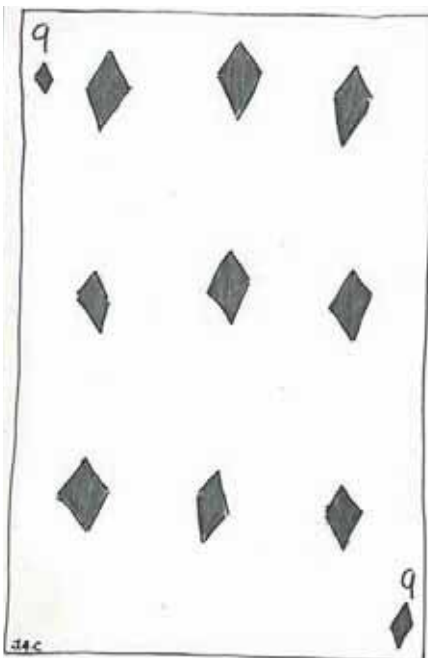
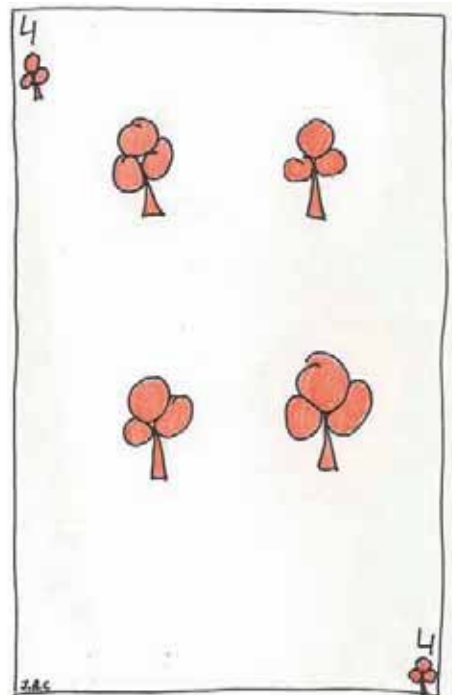
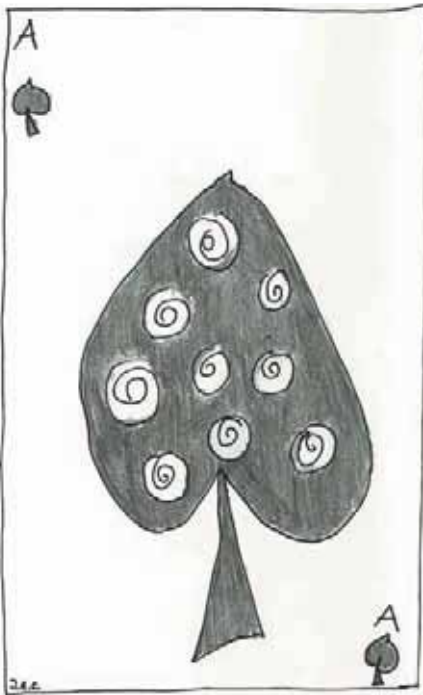
abracadabra

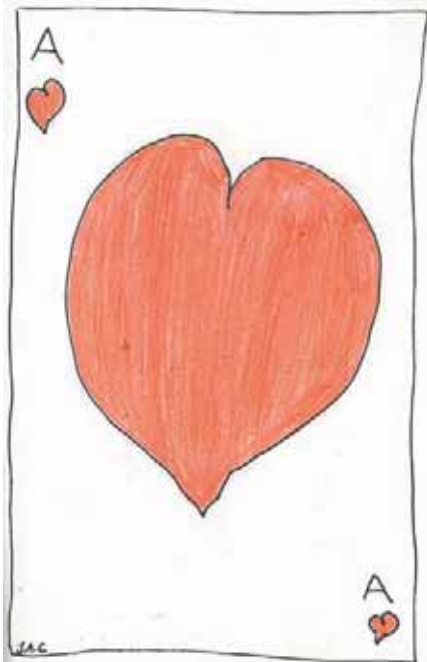
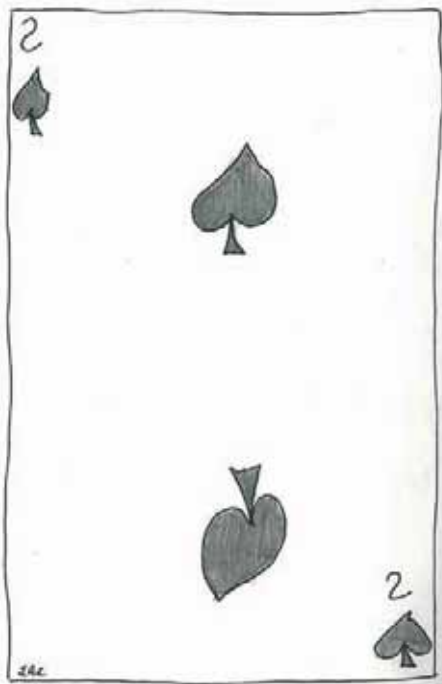
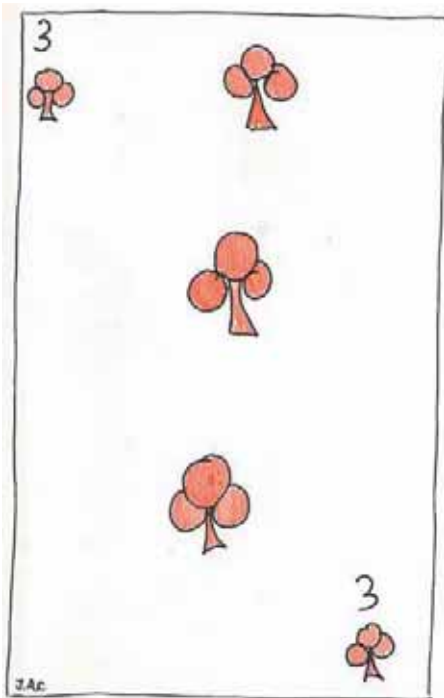












encontrar un lugar



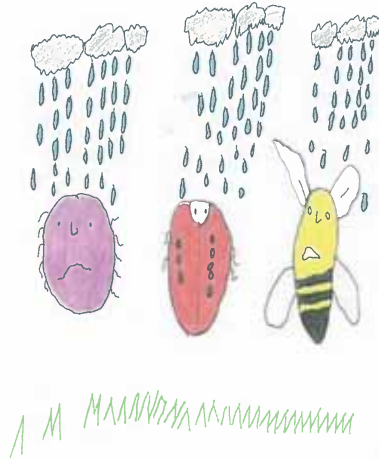
1



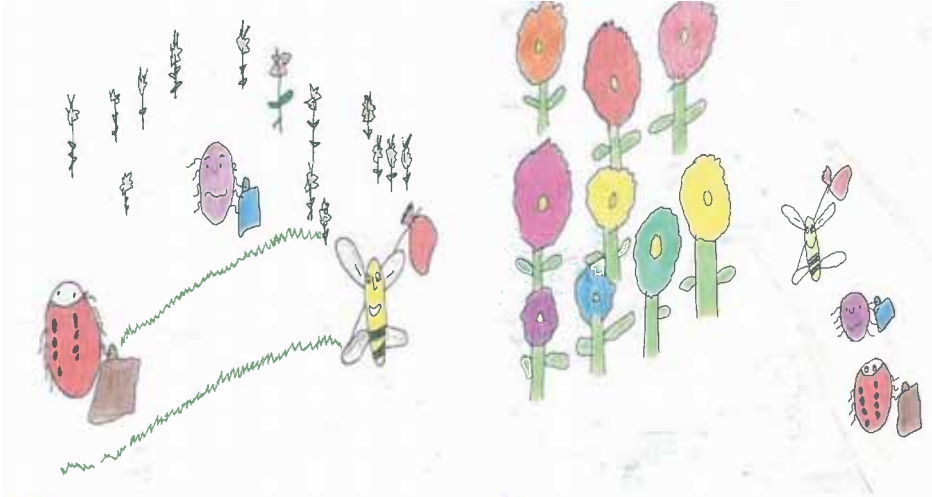
2



3



4



5

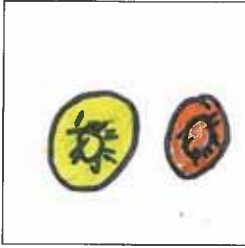
6



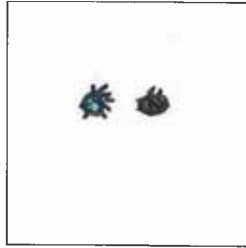
7

fin

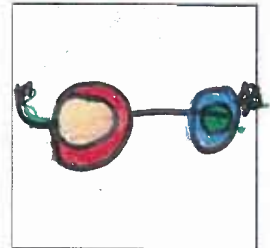
de vista



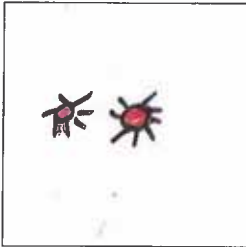
Los ojos...



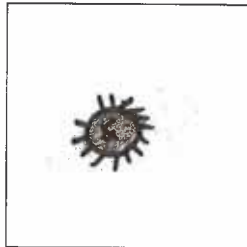
Están malos...



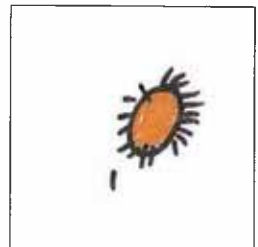
Tienen gafas...



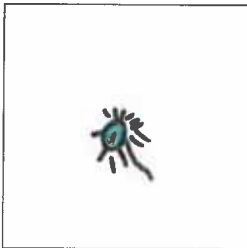
Son ojos azules...



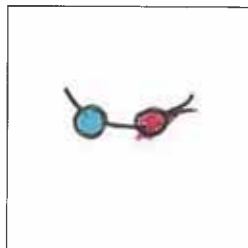
Me los han operado...



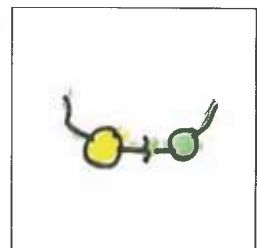
No veían bien...



Ya ven bien...



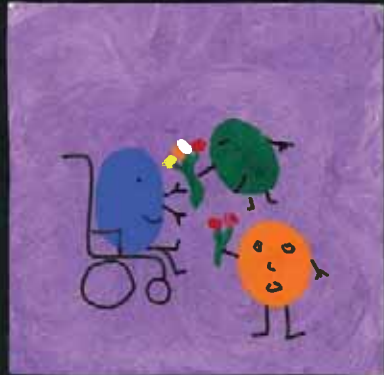
Hay que tener mucho cuidado...



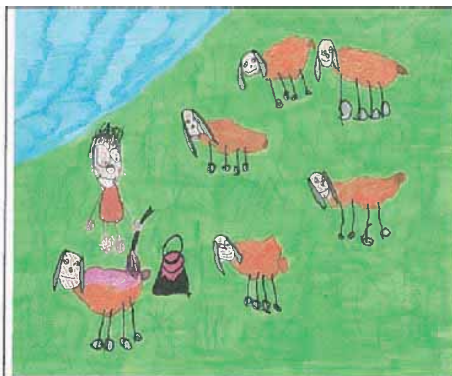
¡las gafas se pueden romper!

**otros formatos
grupal**

mis amigos y yo



aprendemos a compartir diferencias



Redo quiere que sea de otro color aunque
mi lana es naranja



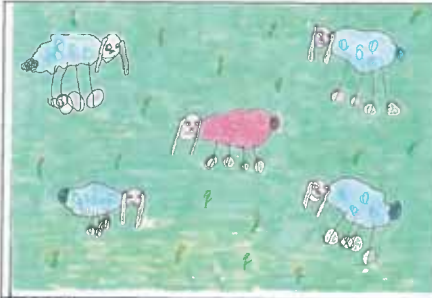
Ahora soy diferente no me quieren
en este campo



Hola amigas! Estoy perdida.



¿Porque no les quita mi lana...? ¡me la cortan!



• Todas me miran porque soy a un como sería pelao.



• Otra vez tengo que marcharme.



• me podes quedar con ellas.



• ahí vienen muchas más



• por fin encuentro un lugar
para compartir.
Todos somos diferentes en
el mismo lugar.



Este logo identifica los materiales que siguen las directrices internacional de la IFLA (Internacional Federation of Library Associations and Institutions) para personas con dificultades lectoras. Lo otorga la Asociación Lectura Fácil.

audiolibro

ANIMALES DEL MUNDO, Compositor: José Calleja, músico y cantautor. Cantante: María Garbayo

PENSAMIENTO, María Castro, actriz

CARTA A UNA BOTELLA y DEMONIOS, Juan Carlos Mestre, poeta, ganador del Premio Nacional de Poesía 2009

YO, Paloma O'Shea, Presidenta Fundación Albéniz

NORMA GENERAL PARA TU ASEO PERSONAL, Lluvia Rojo, actriz

LA PRIMAVERA, Mara Torres, periodista, escritora

YO QUIERO, Cristina Rodríguez Porrero, Directora del CEAPAT (Centro Estatal de Autonomía Personal y Ayudas Técnicas)

SUEÑO DE AMOR, Fran Perea, actor y cantante

EL PERRITO CHARLI, Juanjo Artero, actor

EL CANGREJO MALA UVA, Enma Ozores, actriz

Organizan:



Colaboran:

